Rómulo Gallegos

El motor

DRAMA EN TRES ACTOS

1910

Escaneado con CamScanner

A los compañeros de La Alborada:
Salustio González Rincones, Julio Planchart,
Julio Rosales y Henrique Soublette.
Y a todos cuantos estén:
en presencia de un espacio capaz de encerrar
vuelos infinitos, inmóviles, extendidas las alas
de un altivo sueño glorioso en la espera
del impulso que los haga remontar.

Julio de 1910

Escaneado con CamScanner

PERSONAJES

Guillermo Orosia
Don Samuel Orosia (su padre)
Lorenzo Aldana
Míster Gilbey
Manuel
Peñuela (Coronel)
Don Elías
Bruño Patiño
Sempro
Ester de Orosia
Melania
Mercedes
Modesta

Escaneado con CamScanner

ACTO PRIMERO

Interior de la casa de los Orosia, en El Pegujal. *En primer término, corredor con puertas a derecha e izquierda; en segundo término, patio, en medio del cual hay un jazminero florecido; luego, al fondo, una pared baja, por encima de la que asoman algunos gajos y, finalmente, el cerro aridísimo, donde hay diseminados algunos ranchos de bahareque entre tunas y cardones que componen la única vegetación de aquella tierra bravía. En el patio, a la izquierda, una puerta que da a la calle, y luego, en el ángulo de la izquierda y el foro, otra más pequeña que comunica con el taller. A la derecha, un emparrado. Es una mañana radiante de sol y azul.*

Sempro, en el corredor, borda rosas de seda sobre fajas de cuero amarillo, que en una silla de lo mismo, al lado de ella, están amontonadas. Guillermo, en el patio, al sol, contempla en silencio el vuelo de los zamuros en enjambre por el cielo azul. Es un joven de veinticinco años, más o menos, gallardo y cuidadoso de sí mismo. Sin llegar a la afectación, su cultura forma contraste con la campechanía de los demás. Viste traje de lana blanco y lleva siempre una rosa en el boutonnier*; debido a la fractura de la pierna izquierda anda apoyándose en un bastón, y como esto le afea evita siempre estar de pie.*

Ambos, atentos a su respectivo quehacer, permanecen en silencio. A intervalos se oye el diálogo de un hombre y una mujer en la calle.

HOMBRE.— ¿A qué hora te levantaste?

MUJER.— A las siete... ¿Ah?... No entiendo...

HOMBRE.— Que estás muy buenamoza.

MUJER.— *(Risas.)*

GUILLERMO.— Ya están pelando la pava esos dos tontos.

SEMPRO.— Temprano empiezan.

GUILLERMO.— Y dura hasta que se acuestan. ¡Qué pachorra!

SEMPRO.— Yo no sé cómo no se empalagan.

GUILLERMO.— ¡Si son más simples! ¡Y es tan desabrido su amor!

SEMPRO.— Déjalos que gocen.

GUILLERMO.— Si me dejaran ellos a mí.

Escaneado con CamScanner

SEMPRO.— ¿Qué mal te hacen?
GUILLERMO.— Que me hacen abochornarme por ellos.
SEMPRO.— ¡Qué tontería!
GUILLERMO.— ¿Cómo lo evito? Modesta y su Rafaelito me tienen a reventar diciéndose simplezas que ni en privado están bien. Aunque ella sea tu amiga; se necesita ser muy sandios.
SEMPRO.— También es él amigo tuyo.
GUILLERMO.— ¿Porque respondo a su saludo? Tú sabes que no tengo amigos en el pueblo. Además, aquí, en El Pegujal, no hay amigos. Así se tratan.
SEMPRO.— Y como todos son parientes, al fin y al cabo...
GUILLERMO.— Y si no lo son da lo mismo. Quien tenga una hermana es *cuñado* de todo el pueblo. Yo, como no tengo sino una prima, soy un *primo* de todo el mundo.
SEMPRO.— ¡Ah! ¡Guillermo!
GUILLERMO.— Es la vulgaridad, el espíritu del pueblo. Por esto me disgusta que me digan *primo*; ellos creen que es porque tengo celos de ti...
SEMPRO.— ¡Qué cosas! ...
GUILLERMO.— Pero no creas que les tengo ojeriza. Me fastidian simplemente. Los de afuera y los de adentro; los hombres, campechanos y buenotes, las mujeres, insustanciales y ridículas, que no saben imitar un figurín, y sólo hacen caricaturas de la moda. ¡Y pensar que alguna vez me haya hecho yo ilusiones con alguna de ellas! No diré con mi cuñada Melania, que siquiera tiene algo simpático: esa misma frivolidad que tanto le critican, y que por esto se merecen algo más fino que la campechanía de mi hermano Manuel. Pero haberme hecho ilusiones con esa vecinita nuestra, esta melindrosa Modesta, que ni siquiera se merece al tonto telegrafista que la enamora.
SEMPRO.— Si te oyeran dirían que es despecho.
GUILLERMO.— ¿Lo pensarías tú?
SEMPRO.— Yo no, ¡qué ocurrencia!
GUILLERMO.— Es que a fuerza de estar oyéndolos constantemente les he tomado una aprensión... ¿De qué te ríes?

Escaneado con CamScanner

SEMPRO.— De una ocurrencia que pasó ayer. Tú sabes que él se pasó la tarde leyéndole una novela a Modesta desde la oficina.

GUILLERMO.— ¡Que si lo sé! ...

SEMPRO.— Bueno, cuando llegó a una parte en que el protagonista le decía a su novia: ángel de amor y cosas así, la leyó con una entonación tal, que mi tía, que entraba en ese momento, creyó que él se lo decía a Modesta, y si hubieras visto la cara que puso. *(Se ríe de nuevo. Guillermo apenas sonríe.)*

GUILLERMO.— ¡Qué fastidio, Sempro!

SEMPRO.— ¿Qué, Guillermo?

GUILLERMO.— Eso: que tengamos al pueblo siempre dentro de la casa.

SEMPRO.— Como nosotros vivimos tan callados.

GUILLERMO.— Tan callados que asusta oírnos.

SEMPRO.— Tú en la escuela todo el día.

GUILLERMO.— Siquiera allá los muchachos gritan; por eso estoy impaciente de abrir la escuela. ¡Vivimos tan callados, que a veces me ha parecido oír caer los jazmines! Tú, bordando tus rosas interminablemente, con menos ruido del que hace la primavera para abrir las suyas; mamá trajinando todo el día como una sombra, apenas se siente el ruido del trabajo de papá, pero hasta ese mismo ruido anuncia un gran silencio: aserrando tablas para fabricar urnas. Sobre todo su silencio. Mira. Cada vez que te sentabas a bordar en la puerta de mi cuarto se me ocurrían ideas muy curiosas; yo no sé por qué me impacientaba tanto hasta experimentar un sufrimiento físico, una angustia que me hacía revolverme en la cama y sudar, sí; aunque parezca mentira, una vez sudé frío. Mamá decía que eran nervios, y tal vez la estadía en la cama me los había excitado mucho, pero el motivo era otro. Vas a reírte, porque a primera vista esto parece cosa de loco. No te has fijado en que, cuando en una reunión de personas extrañas sobreviene un silencio repentino, todos se ven las caras con inquietud, y si te has encontrado en ese caso,

Escaneado con CamScanner

¿no has experimentado un deseo angustioso de irte? Pues eso me sucedía cuando te ponías a bordar cerca de mi puerta en silencio y me sucede cada vez que estoy contigo sin hablar. Como si no fuéramos conocidos viejos.

SEMPRO.— No es extraño, tú siempre has dicho que en tu casa estás como de visita.

GUILLERMO.— Por eso lo decía; sólo a los que están de visita les pasa lo que a mí con ustedes, a los que viven en su casa como desconocidos, cuya despedida se espera de un momento a otro y hasta se desea, porque nunca es grata la compañía de un desconocido.

SEMPRO.— Eso podré decirlo yo, que soy quien verdaderamente está de visita aquí.

GUILLERMO.— ¿Por qué lo dices?

SEMPRO.— Porque a mí me ha sucedido eso que tú dices que pasa en las visitas. Pero no vayas tú a reírte ahora de mí.

GUILLERMO.— No, si más bien me he puesto serio. No sabía que tú sintieras estas cosas.

SEMPRO.— Como no te lo había dicho nunca...

GUILLERMO.— Tampoco te había dado ocasión para que me lo dijeras.

SEMPRO.— ¡Pero qué serio te has puesto!

GUILLERMO.— Es que acabo de descubrir algo.

SEMPRO.— ¿Qué?

GUILLERMO.— No me atrevo a darle nombre, pero sé que de ahora en adelante no me asustará tanto nuestro silencio y hasta llego a sospechar que no lo habrá más de ahora en adelante.

SEMPRO.— No te entiendo, Guillermo.

GUILLERMO.— Sin embargo, me parece que sí has comprendido.

SEMPRO.— Cállate, aquí viene mi tía.

(Sale Ester. Es una mujer de cincuenta años, más o menos, apergaminada, tiene el cabello gris y abundante y peinada crineja. A pesar de su edad y el aniquilamiento que aparenta, conserva entero el espíritu; su hablar y ademanes tienen más bien una agilidad juvenil.)

ESTER.— ¿Todavía no has terminado?

Escaneado con CamScanner

SEMPRO.— Ya estoy terminando.
ESTER.— Mira que Martín te manda decir que las necesita para el mediodía. *(Viendo lo que hace Sempro.)* ¡Anjá! Te está quedando muy bonita. ¿Esa es la del Jefe Civil?
SEMPRO.— Sí.
ESTER.— Qué de miniaturas tiene.
SEMPRO.— Me ha costado un trabajo bordar este escudo.
ESTER.— Pero te la pagarán mejor. *(Se voltea hacia el patio, quitándose el pañolón negro que trae puesto.)* ¡Pero Guillermo! ¡Mira que tú puedes ser! ...
GUILLERMO.— ¿Qué, mamá?
ESTER.— ¿Qué va a ser? Que estás ahí en sol como un zamuro.
GUILLERMO.— Como un zamuro inutilizado viendo volar a sus hermanos. ¿Verdad?
ESTER.— ¿Cuándo no...?
GUILLERMO.— No, si no lo digo por la pierna propiamente, sino porque estaba viendo volar los zamuros.
ESTER.— Bueno, pero me parece que no hay necesidad de estar llevando sol para eso.
GUILLERMO.— ¡Tanto tiempo a la sombra! Un mes sin salir del cuarto, tendido en una cama. Déjame tomar el sol un rato. ¡Es tan bello el sol!
ESTER.— Pero un tabardillo no es nada bonito.
GUILLERMO.— Quién quita... Si bien se mira es hasta una enfermedad poética: mal de sol.
ESTER.— ¡Hum! Siempre estás tú lleno de músicas. Haz lo que quieras, busca otra calamidad más. Como si tuviera para tafetanes la Magdalena. Y tú, que eres propenso, por cualquier cosa coges una insolación y después para mí son las angustias. Acuérdate de aquel tabardillo que te dio cuando pequeño. Y por la misma cosa: por estar viendo volar los zamuros.
GUILLERMO.— ¡Ah! Ya comprendo. Lo que te desagrada no es que esté al sol, sino que esté viendo volar los zamuros.
ESTER.— ¿Cómo no me va a desagradar? Si tú los vieras por verlos sólo.
GUILLERMO.— Los veo por lo que a tantas otras cosas: porque son bellos al vuelo.

Escaneado con CamScanner

ESTER.— Sí, venme a mí con ésas. No ves que no sé lo que estás pensando y haciendo, mientras ves volar esos bichos. Milagro que no están apunta que apunta... Si fuera cosa nueva, pero desde pequeño has sido lo mismo, no pocas cuerizas te ha costado esa manía.

GUILLERMO.— Es verdad, una diaria. Pero... ¿sabes una cosa? Ahora recuerdo con satisfacción todo aquello: aquellos encierros en el sótano, aquel llanto que me arrancaban tus látigos. ¡Y mira que pegabas de una manera!

ESTER.— ¡Qué frescura la tuya! Qué pensará Sempro, que te oye.

SEMPRO.— Que perdió usted el tiempo.

GUILLERMO.— Sempro sabe que mientras más dolor nos cuesta una pasión o un afecto más queridos nos son.

ESTER.— Pero esa manía tuya te costará la muerte. Ya por estar volando te quebraste la pierna.

GUILLERMO.— Mi temeridad no fue volar, sino hacerlo donde alguien pudiera asustarse y cazarme a tiros. Además, ¿a cuántas cosas tendría que renunciar por evitarme el peligro que me acarrea tenerlas? Tendría que renunciar a mí mismo, que por ser como soy todos me odian en este pueblo. En riesgo mayor me he visto por esta inocente flor que uso en el ojal; no me la pueden tolerar, como tampoco que me vista de lana y gaste perfume, porque tienen la idea de que el hombre debe oler a chivo, a tabaco de mascar y aguardiente.

SEMPRO.— Es que hay más envidiosos en este pueblo...

ESTER.— No es envidia, Sempro. Es que Guillermo los trata a todos de mal modo y no pueden tenerle voluntad.

GUILLERMO.— No me la tienen aquí en mi propia casa: por atentar contra la tranquilidad de todos, vistiéndome contra la moda del pueblo, pensando contra su opinión, por ser estrambótico y sobre todo por ser cigarra entre hormigas.

ESTER.— Yo no sé qué necesidad hay de vivir de punta con todo el mundo. Aprende de tus hermanos. Todo el pueblo los quiere mucho y viven felices con sus mujeres y sus hijos.

Escaneado con CamScanner

GUILLERMO.— ¡Mis hermanos! Pero ¿acaso puedo ser yo como mis hermanos, ni conformarme con la mezquina felicidad de ellos? Un mostrador, o un pedazo de tierra donde escarbar cuatro granos, o unos burros para irse por esos caminos al agua y al sol, arreando; trabajo para la semana y unos tragos para convertir en fiesta el fastidio del domingo. ¡Envidiable vida!

ESTER.— Es verdad, tú no puedes ser como ellos. Los pobres: ignorantes y rústicos...

GUILLERMO.— No es culpa mía que lo sean, mamá. Siempre has de salirme con eso, como para darme en la cara...

ESTER.— Yo lo que sé es que con ellos nadie tiene que ver. *(Vase.)*

GUILLERMO.— Y conmigo todo el mundo. Sí, estamos de acuerdo. *(Se pone de pie.)* ¡Vaya, pues! Que no haya modo de conversar sin concluir riñendo. ¡Nada! Lo que te digo, Sempro: soy un intruso en mi casa y debiera irme de una vez para dejarlos en paz a ustedes... ¡Irme! Bueno estoy yo para irme. Las dos no me llevaban muy lejos: temprano voy a llegar con una sola y con la impedimenta de la otra. ¡Qué pierna más pesada! Pesa más que todo mi cuerpo. *(Mientras esto habla ha avanzado hasta el corredor penosamente; llegado cerca de una silla se apoya en su respaldo.)* No me veas, Sempro...

SEMPRO.— ¿Por qué?

GUILLERMO.— Porque no. Tonterías. Porque es feo arrastrar una pierna. Susceptibilidades ridículas de hombre presumido... ¡Más vale que me hubiera reventado la cabeza! ...

SEMPRO.— ¡Jesús! Eso sí sería feo.

GUILLERMO.— No. Fuerte, horrible si quieres, pero feo no. Lo feo es lo ridículo, lo que mueve a risa o a compasión; esto: arrastrar una pierna tiesa y hacerlo torpemente con un esfuerzo que contrae todo el cuerpo y pone en la cara una mueca que causa lástima o risa.

SEMPRO.— ¿Lo dices porque me reí de las morisquetas que hacías cuando saliste del cuarto?

Escaneado con CamScanner

GUILLERMO.— Y por la cara de compasión que pones ahora.
SEMPRO.— Dispénsame. Tú sabes que soy muy reilona.
GUILLERMO.— Y muy compasiva. Pero no es tu risa ni tu compasión lo que me mortifica, sino la mueca que las provoca.
SEMPRO.— Eso es porque no estás acostumbrado.
GUILLERMO.— Sí, la mueca de la cara desaparecerá cuando ya no me cueste tanto trabajo arrastrar la pierna, pero la de todo el cuerpo es inevitable. Ya les ha llegado la hora de desquitarse a los contrahechos de El Pegujal; ¡el burlador cayó en desgracia! ... ¿Creerás que esta puerilidad llega a preocuparme de veras? ¡El elegante fracasado! ¿Verdad que es trágico y cómico al mismo tiempo? Tanto más trágico mientras más cómico. Imagínate: ¡un seductor patizambo! ¿Qué mujer va a sacrificarse casándose con él, para servirle de muleta? ¡El maestro de elegancia que les aconseja a sus discípulos mantenerse siempre en una actitud airosa y bella, presentarse ahora a la escuela, contrahecho, como una ruina humana apuntalada por dos palos y haciendo a cada paso una morisqueta capaz de hacer reír al misterio! ... Es muy duro, Sempro, muy duro. *(Encaminándose al patio.)* Pasarle esto al hombre más presumido del mundo, a la *casaca* del pueblo, como me llaman ustedes.
SEMPRO.— Ustedes no, Guillermo. Yo nunca te he dicho así.
GUILLERMO.— Quise decir: el pueblo. *(Se aleja hacia el fondo; Sempro deja su labor y se dirige hacia la derecha. Sale Ester con una escoba en la mano.)*
ESTER.— ¿Qué es, Sempro?
SEMPRO.— Nada, mi tía.
ESTER.— Pero ven acá.
SEMPRO.— Voy a buscar seda, que se me acabó. *(Mutis por la derecha.)*
ESTER.— Guillermo.
GUILLERMO.— ¿Qué, mamá?
ESTER.— ¿Qué le has dicho a Sempro?
GUILLERMO.— Nada.
ESTER.— Mira, Guillermo, déjate de estar mortificándola.

Escaneado con CamScanner

No me gusta que seas así con ella; si no la quieres, bueno; pero déjala quieta. De seguro que la estabas embromando por sus bordados, y la muy tonta que se pone a hacerte caso.

GUILLERMO.— No le hablaba de eso, mamá.

ESTER.— O de otra cosa. Cuando no es esto es aquello. Ella se porta muy bien contigo para que le correspondas de esa manera. *(Guillermo se acerca.)* Durante tu enfermedad, ella pendiente de ti, y tú mortificándola con tus cosas.

GUILLERMO.— ¿Tú quieres mucho a Sempro?

ESTER.— Como a una hija, si es más buena la pobrecita. Tú dices que es simpleza, pero es bondad. *(Guillermo la abraza.)* ¡Ay, hijo, que me ahogas!

GUILLERMO.— Sigue, sigue hablándome de Sempro.

ESTER.— ¡Anjá! ¿Con que esas teníamos?

GUILLERMO.— Sí, esas teníamos; es decir, tenía yo, porque no sé si ella...

ESTER.— Sí lo sabes, que tú no eres ciego, y bastante me has dicho que lo que más te molestaba era ese empeño de ella en quererte cuanto tú no la querías.

GUILLERMO.— Pero no te hagas ilusiones.

ESTER.— ¿Por qué? Ella es la mujer que te conviene, no la encuentras mejor.

GUILLERMO.— Sí, pero yo no tengo porvenir, no tengo oficio y no quiero que las rosas ideales de mis versos vivan y medren a expensas de las pobres rosas de seda de Sempro. Además, sería poco noble que ahora fuera yo a decirle a Sempro: ya que nadie puede quererme, quiéreme tú; es decir: sírveme de muleta, ayúdame a arrastrar esta pierna inútil.

ESTER.— Y Sempro te contestaría que ahora es que te quiere de veras.

GUILLERMO.— Pero no puedo aceptar ese amor, que más que amor es piedad. Ahora, el día que logre producir en Sempro un sentimiento de admiración por mí, sí podré aceptarlo sin humillación, porque me lo habré ganado y será mío. Hoy no pasa de ser una limosna piadosa.

Escaneado con CamScanner

ESTER.— Queriéndote ahora te prueba que te quiere de veras.

GUILLERMO.— Pero, en cambio, ella siempre tendrá derecho a dudar de mi cariño y mañana se dirá con razón: mientras pudo escoger me despreció, y este resentimiento del orgullo en una mujer puede más que todo. No, no; yo necesito poder escoger otra vez, no como antes, sólo por una apariencia agradable, sino por verdadero mérito, para elegirla a ella.

ESTER.— Genio y figura. *(Viéndolo irse.)*

GUILLERMO.— Genio sólo, porque ya la figura es otra. Mira. ¿Ves aquel zamuro sobre el caballete? Qué feo camina, ¿verdad? Nadie quisiera ser como ellos cuando los ven andar. En cambio, los otros... ¡Qué bellos, con las alas extendidas, serenos y altos! ¡Cómo los redime de su fealdad la belleza del vuelo y cuántos los envidiamos! ¡Así necesito hacer yo: extender las alas, remontarme muy alto, para que abajo nadie se acuerde de mi pierna rota y todos me envidien!

ESTER.— ¡Ay, hijo! Yo creía que tú estabas escarmentado.

GUILLERMO.— Al contrario, mamá. Hoy más que nunca necesito volar, por Sempro y por mí. ¿No ves el trabajo que me cuesta andar? *(Mutis por la derecha, bajo el emparrado.)*

(Salen Mercedes y Modesta, madre e hija.)

MERCEDES.— Prepárate. Por ahí se dice que el Presidente llegará a tu casa.

ESTER.— ¡Qué mano!

MODESTA.— Para qué lo niega, ¿misiá? A usted le gustaría mucho.

ESTER.— Cómo no. Allá ustedes, que tienen su casa grande y bonita.

MERCEDES.— ¿Sabes el apuro en que nos han puesto? El Jefe Civil le dijo a Vicente que quería que le cediéramos la casa para el baile de recepción.

ESTER.— ¿Y ya se está ocupando de pedir salas? ¿No es de aquí a dos meses que viene el Presidente?

MODESTA.— Sí, pero el Jefe Civil dice que quiere tener todo preparado con anticipación.

Escaneado con CamScanner

MERCEDES.— Así es mejor. Tiene uno tiempo de hacer sus preparativos.

MODESTA.— Y como papá le dijo al Jefe Civil que él haría todos los gastos del baile...

MERCEDES.— Tú sabes cómo es Vicente de delicado; a él no le ha gustado nunca que en casa haya fiestas pagadas por otros.

MODESTA.— Además, lo que dice Rafaelito; que si se niega a gastar, no faltará un chismoso que le diga al General que papá es enemigo de la situación y entonces nos lleva el diablo.

ESTER.— Por eso yo le doy las gracias a Dios de que me haya hecho pobre. Está una tranquila, como no tiene nada que perder...

MERCEDES.— No es por los cuatro centavos que uno tiene, sino por todo, Ester. Con esa gente de arriba tiene que andar uno como un nivel.

MODESTA.— Mamá, cuidado si te oyen; mira que el Jefe Civil está pasando a cada rato por aquí.

MERCEDES.— ¿Y qué he dicho yo, niña?

MODESTA.— No, te lo digo para que no sigas; tú sabes que en la calle se oye todo lo que hablan aquí. Ahora estaba yo en la ventana conversando con Rafaelito y estábamos oyendo todo lo que hablaban usted y Guillermo.

ESTER.— ¿De veras?

MERCEDES.— Y él, ¿cómo ha seguido? Se me había olvidado preguntarte.

ESTER.— Mejor. Hoy salió del cuarto por primera vez.

MODESTIA.— ¿Y camina bien?

ESTER.— No, hija, con mucha dificultad.

MODESTA.— Considero cómo estará. El, que es tan así... tan presumido.

ESTER.— ¡Ah! De un humor horrible.

MERCEDES.— El pobre. Era lo peor que podía pasarle.

ESTER.— Así dice él: que preferiría haberse matado.

MERCEDES.— ¡Ave María!

ESTER.— Y no estuvo muy lejos, está vivo de milagro. Sabes lo que es hacerle como quince tiros y no pegarle ninguno.

Escaneado con CamScanner

MERCEDES.— Y después caerse desde tan alto; un milagro verdaderamente.

ESTER.— Yo le digo que fue porque se lo encomendaba mucho a la Virgen. Cuando lo sentía salir de noche, después que nos acostábamos, me ponía a rezar por él y no me dormía hasta que regresaba, no porque yo supiera a lo que salía, sino porque, como él tiene ese carácter tan violento y vive de pique con todo el mundo...

MERCEDES.— ¡Ah Guillermo!

MODESTA.— ¿Dónde está Sempro, misiá?

ESTER.— Allá dentro, pasa. *(Mutis de Modesta.)*

MERCEDES.— Quiere que Sempro le enseñe a bordar unos cojines, como los que tenemos no están presentables.

ESTER.— ¿Está muy embullada Modesta por el baile?

MERCEDES.— ¡La pobre! Se pasa toda la vida metida en casa, sin divertirse.

(Aparece en la puerta que da a la calle el coronel Peñuela, Jefe Civil del lugar, un andino vigoroso, con toda la rudeza de la sierra nativa mal disimulada por una cortesanía campechana y forzada.)

PEÑUELA.— ¡Buenos días!

ESTER.— Adelante, coronel.

PEÑUELA.— ¿Cómo está mi señora?

ESTER.— Para servirle, coronel.

PEÑUELA.— Ya a misiá Mercedes la saludé.

ESTER.— Bien, puede sentarse.

PEÑUELA.— Gracias. ¿Y don Guillermo?

ESTER.— Por allá dentro anda.

PEÑUELA.— ¡Caramba! Ha estado bastantes días en la cama, ¿no!

ESTER.— Más de un mes, sí, señor.

PEÑUELA.— Yo no he venido a saludarlo, porque me da vergüenza con él.

ESTER.— ¿Por qué? El comprende que usted no tuvo culpa, si usted hubiera sabido que era él, a buen seguro que no lo hubiera tirado.

PEÑUELA.— ¡Oh! De ninguna manera.

Escaneado con CamScanner

MERCEDES.— Guillermo ha debido ponerlo en cuenta a usted, como autoridad.

PEÑUELA.— Eso es.

ESTER.— Si a nosotros mismos nos lo ocultaba; nunca supimos lo que hacía en el sótano; ahora es que he venido a saber que eran las alas esas.

PEÑUELA.— Sí que es reservado el amigo.

ESTER.— Y como él esperaba que nos acostáramos para salir.

MERCEDES.— ¿Pero tú nunca tuviste la curiosidad de saber a qué salía a esas horas de la noche?

ESTER.— Le pregunté una vez, y me dijo que tenía una novia en la salida del pueblo, y que la veía a esas horas porque el padre le hacía la guerra.

PEÑUELA.— ¡Qué pícaro!

MERCEDES.— Y como no era de extrañarse en él, que es tan enamorado.

ESTER.— Eso me decía yo, y la verdad era que se pasaba la noche volando en la sabana de pastoreo de Vicente.

MERCEDES.— Dígame; tanta res brava que tiene allá Vicente.

PEÑUELA.— Sí que tiene bríos don Guillermo. ¡La perinola!, se me pondría a volar sobre el ganado; para ir y de golpe caer ensartado en los cachos...

ESTER.— Una temeridad de ese niño. Al principio era aquí enfrente, en la planadita esa.

MERCEDES.— ¡Ahora que lo dices! Ese era el espanto que dicen que salía en la planadita.

ESTER.— Todavía no era usted Jefe Civil.

MERCEDES.— Recuerdo que andaban pandillas de hombres armados, todas las noches, esperando el espanto. Hace como un año de eso.

PEÑUELA.— Entonces, es costumbre vieja de don Guillermo, ¿no?

ESTER.— Esa ha sido la manía de toda su vida. Recuerdo que cuando estaba muchacho se la pasaba diciendo que quería ser zamuro, y se pasaba todo el día en esos cerros, viendo volar los zamuros, en un reventadero de sol, hasta que, de resultas de eso, se enfermó. Después la cogió por

Escaneado con CamScanner

hacer versos, y no se ocupó más de los zamuros, pero un día viene y le regala papá un libro que decía de la locura esa del vuelo, y vuelta a su tema. Horas enteras se la pasaba en ese patio, con un papel en la mano, viendo volar los bichos esos y apuntando no sé qué disparates. Y todavía, ¿creen ustedes que está escarmentado?

MERCEDES.— Caramba, se necesita tenerle mucho amor.

PEÑUELA.— Y a mí me gustaría verlo volar.

ESTER.— Ya usted le ha perdido el miedo.

PEÑUELA.— Yo, voy a decirle, no me asusté tanto, porque yo he visto muchas veces pájaros gigantes, no tan grandes como ése, no, los que llamamos allá en la sierra cóndores. Pero como el amigo Manuel sí que tenía bastante miedo, caray, uno se... Perdonen ustedes la palabra: uno se contagia, ¿no?

MERCEDES.— Francamente, había para asustarse, de noche todas las cosas impresionan.

PEÑUELA.— Eso es, y cuando uno va y de golpe se encuentra con el duende, como le pasó a Manuel. ¡Alas!, si aquí está el amigo. *(Por Manuel, que sale del taller, tercera puerta de la izquierda.)*

MERCEDES.— Hablábamos de ti.

MANUEL.— ¿De verdá? Por eso me estaban silbando los oídos. La bendición, vieja.

ESTER.— Dios te bendiga.

PEÑUELA.—Le decía yo de lo asustado que estabas tú la noche que cazamos a tu hermano.

MANUEL.— Guá, ¿y qué cree usted? Era pa arrugá al más templao.

PEÑUELA.— Pero yo también lo vi y no me puse tan cobarde.

MANUEL.— Porque usted lo vio cuando yo se lo enseñé y no es lo mismo. Yo, que estoy agazapao entre el mogote, esperando que pase el venao po el claro el gamelotal y oigo en el viento una cosa que hacía y que: "frúúú"... Miro pa'rriba y, ¡muchacho!, me encuentro con aquel espantajo. ¡Yo, qué voy a sabé que es Guillermo! Y le grito al coronel, que estaba en la boca del cañaote.

Escaneado con CamScanner

PEÑUELA.— Y yo me creo que es que se encima el venado, me preparo a tirarlo, cuando me pasa aquella sombra por encima, miro de para arriba y le digo a Manuel: "Tiros con él". Ya me parecía que estaba yo en los paramos; así se ven pasar allí los aguilones.

MERCEDES.— Vea pues si no es por Guillermo, matan al pobre venado esa noche.

ESTER.— Pero me iban matando a Guillermo.

PEÑUELA.— Afortunadamente, no hicimos más que romperle las alas.

MANUEL.— Y el venao se hubiera salvao de toos moos. Después tuvimos velándolo, como ocho noches y le tiramos como cien tiros a boca e jarro y no le pegamos.

MERCEDES.— Buenos cazadores.

MANUEL.— Oiga, coronel, como si juera muy fácil pegale a un venao embrujao.

ESTER.— Qué va a haber venados embrujados, Manuel.

MANUEL.— ¿Qué no los hay, mamá? ¡Ah, caramba!

(Sale Melania. Es una mujer de veintidós años, alegre y dicharachera.)

MELANIA.— Ya está mi marido diciendo zoquetadas. ¡Ah!, ¿cómo está, coronel? (*Dándole la mano.*)

PEÑUELA.— Para servirle, mi señora.

MANUEL.— ¿Qué vienes a hacé tú aquí?

MELANIA.— A descansar de aquellos demonios.

MERCEDES.— Qué modo de nombrar a los hijos.

MELANIA.— Allá los dejé jugando a arrieros, los burros son las sillas de la sala; conque si no quieres que te las rompan, anda a quitárselas, porque a mí no me hacen caso.

ESTER.— Pero si tú eres peor que ellos.

MANUEL.— Me parece. ¿Usted se queda, coronel?

PEÑUELA.— Sí, tengo que hablar con las señoras.

MANUEL.— Pase ahora por casa, para que coja su revólver, ya se lo compuse. *(Mutis. Segunda izquierda.)*

PEÑUELA.— Convenido.

(Salen Modesta y Sempro; ésta saluda a Peñuela, que se pone de pie.)

Escaneado con CamScanner

MELANIA.— ¡Ah! Si Modesta también está aquí, por eso es que Rafaelito está trabajando tanto.
MODESTA.— El trabaja todo el día en su oficina. *(Tocan a la puerta.)*
ESTER.— ¿Quién?
ARRIERO.— Gente e paz.
ESTER.— Adelante.
ARRIERO *(Apareciendo).*— A ve si tiene la señora algunas chivas que me quiera vendé, que voy pa Caracas y me han encargao unas pocas.
ESTER.— No tengo ninguna; lo siento.
ARRIERO.— Pues no he dicho na; usted dispense.
MELANIA.— Usted sabe quién tiene una muy buena, don Elías, tres casas más abajo. Vaya allá, él tiene una chiva blanca, famosa.
ARRIERO.— Muchas gracias. Pasen buen día. *(Vase. Todas sientan el trapo a reír.)*
SEMPRO.— ¡Pero, chica!
ESTER.— ¡Ah, Melania, loca!
MERCEDES.— ¿Y si se pone bravo Elías?
PEÑUELA.— ¿Es que él no tiene cabras?
MELANIA.— Pero tiene chiva.
MODESTA.— La barba, quiere decir.
(Peñuela, comprendiendo la broma, la celebra con una ruidosa carcajada.)
SEMPRO.— El se pone furioso cuando se burlan de su barba.
PEÑUELA.— Sí que es usted mal intencionada.
ESTER.— Es mal hecho burlarse de las personas mayores.
MELANIA.— ¿Para qué es tan ridículo? Se pasa poniéndose lacitos de cinta en la barba.
MODESTA.— Eso es en los días de fiesta; en los de trabajo carga una sortija de albarico.
SEMPRO.— Guillermo dice que la barba de don Elías es el almanaque del pueblo.
PEÑUELA.— Es un tipo don Elías. Me ofreció pronunciar unas palabras para saludar al General en nombre del pueblo.

Escaneado con CamScanner

SEMPRO.— De seguro que algunos versos.
ESTER.— Y los hace muy buenos; él escribió el himno que cantan los niños del catecismo.
MODESTA.— Yo tengo en mi álbum una composición de él, muy bonita.
MELANIA.— ¡Ah!, si aquí no hay muchacha que no tenga versos de él. A todas se las ha declarado en verso, porque, donde usted lo ve, tan viejo, es más enamorado que todos los mozos del pueblo.
PEÑUELA.— Vea, pues, tiene buen gusto el viejito. Y a propósito de esto de composiciones: a ver si las señoras permiten que las señoritas presten, si llevan el gusto, por supuesto, a decirle algunas palabras al Presidente, cuando venga, para pedirle que nos mande a poner el acueducto y algunas otras cosas de mucha necesidad para el pueblo.
MERCEDES.— Yo no tengo inconveniente por Modesta.
PEÑUELA.— ¿Ella tampoco lo tendrá?
MODESTA.— Al contrario, coronel, tendré mucho gusto.
PEÑUELA.— Gracias. ¿Y la señorita Sempro?
SEMPRO.— Es que yo no sé recitar; lo hago muy mal.
PEÑUELA.— No diga usted eso. Ya verá usted cómo queda muy bien. Es un acto simpático, y al General lo satisface mucho que una mujer bonita le exija una cosa.
SEMPRO.— ¡Vamos a ver! De aquí a entonces hay tiempo para resolver.
Peñuela.— En fin, no las molesto más.
ESTER.— No es molestia, coronel, todo lo contrario.
PEÑUELA.— Gracias. Pasen buen día. (*Sale.*)
MERCEDES.— ¡Anjá! Como que se disgustó.
SEMPRO.— Pero yo no le di motivos.
MELANIA.— ¿Y qué importa que se disguste?
ESTER.— No es bueno echárselo de enemigo.
MERCEDES.— Y ahora mucho menos. Lo que yo le dije a Vicente: quiere que le demos la sala, pues a dársela.
SEMPRO.— ¿Sabes que le van a dar un baile al Presidente?
MELANIA.— ¡Anjá! Tan calladitas que estaban.
MERCEDES.— Nos han puesto en ese caso. A mí no me

Escaneado con CamScanner

gusta mucho, por la fama que tiene él de enamorado y tremendo.

MELANIA.— Mucho, Rafaelito que se acomode.

MODESTA.— No seas zoqueta, mujer.

MELANIA.— Voy a ver más novios comiendo cobija esa noche.

MODESTA.— Por mí no los verás.

MERCEDES.— Vámonos, Ester, dejemos esta loca.

MODESTA.— ¿Adónde vas?

MERCEDES.— A saludar a Guillermo.

(Mutis de Ester y Mercedes por la derecha.)

MELANIA.— ¿Ya Guillermo se levantó?

SEMPRO.— Sí.

MODESTA.— No se deja ver la cara.

SEMPRO.— Como le cuesta tanto trabajo andar, se lo pasa sentado.

MELANIA.— Ahora se le acabaron los brinquitos.

MODESTA.— Ahora se me viene a la memoria una cosa que me decía siempre Guillermo... Pero no, no la digo; no vaya Sempro a tomarlo a mal.

SEMPRO.— Yo supongo lo que será. Caramba con ustedes que son vengativos, parece que se alegraran de la desgracia de Guillermo.

MELANIA.— No digas así, mujer.

MODESTA.— Yo tampoco tengo de qué alegrarme. Ni él me debe a mí, ni yo a él.

SEMPRO.— No hay peor enemigo que una novia calabaceada.

MODESTA.— Te equivocas. Guillermo no me dejó a mí, al contrario.

MELANIA.— Pues yo no lo niego: Guillermo me dejó plantada, pero no le guardo rencor.

MODESTA.— Ni yo. ¿Por unos amores que ni falta me hacen?

MELANIA.— Oye: contarle cuentos a quien sabe historias. Como si no supiéramos que la procesión anda por dentro.

SEMPRO.— Me parece.

Escaneado con CamScanner

MODESTA.— ¿Quiere decir que, por la cuenta de ustedes, yo estoy todavía enamorada de Guillermo? Bueno está eso; dígame y ahora, ¿qué necesidad tengo yo de servirle de muleta a nadie?

MELANIA.— La verdad es que ahora no encontrará tan fácilmente mujer que lo quiera.

SEMPRO.— Para que veas: ahora es que puede encontrar a la que lo quiera de veras y no por las apariencias.

MELANIA.— Esta como que está enamorada de Guillermo.

MODESTA.— Ni que fuera tan pazguata; tan mal que la trata él.

SEMPRO.— Yo no soy vengativa, Modesta. Lo quiero como a primo mío; que él no me quiera es cosa de él.

MODESTA.— Gracias. Yo no debo meterme, es verdad. *(Se pone de pie, enfurruñada.)*

MELANIA.— ¡Jesús, mujer! No te pongas brava.

MODESTA.— Es que tenemos que irnos y voy a llamar a mamá. Con tu permiso, Sempro.

SEMPRO.— Bien puedes, Modesta.

MODESTA.— Mamá. *(Yéndose por donde lo hizo la madre.)* Mamá.

MELANIA.— ¡Qué muchacha tan repugnante!

SEMPRO.— ¿Qué tendrá ella que ver con que Guillermo me trate como le dé la gana?

(Sale don Samuel. Es un hombre sexagenario: todo en él está abatido: el bigote, las alas del sombrero: todo su cuerpo es un desgonzamiento de persona abrumada de años, calamidades y dolencias.)

Don SAMUEL.— ¡Qué vida esta! ¡Ah!, Melania, ve a ver si en tu casa está mi escuadra, que de seguro se la llevaron tus muchachos.

MELANIA.— ¡Ay!, si están insoportables. Por eso he venido a decirle a Guillermo que abra la escuela ligero.

(Salen Mercedes, Modesta y Ester.)

MERCEDES.— ¿Qué hay, Samuel?

Don SAMUEL.— Aquí, envidiándolos a ustedes. Ya sé que están en grande.

MERCEDES.— ¡Ah, por las nubes!

Escaneado con CamScanner

Don SAMUEL.— Dile a Vicente que no se olvide de mí cuando sea ministro, porque después de ese baile, lo menos que le dan es un Ministerio.

ESTER.— Amigo, a cada uno le llega su agosto.

MERCEDES.— A ti sí que te llegó. Me dicen que te vas a ganar un dineral haciendo los arcos.

Don SAMUEL.— Como para salir de pobre.

MELANIA.— Y Sempro no se quedará atrás.

SEMPRO.— ¿De dónde? Lo primero es la faja con bordados de seda y el pañuelo y la montura. Es el lujo de El Pegujal.

Don SAMUEL.— ¡Ah, fiestas buenas que van a estar, muchachas! Habrá coleaderas de toros, palos encebados, descabezaderas de pollos, piñatas de ratones, toros de candela. De cuanto Dios crió.

ESTER.— ¡Ah, Samuel!

MODESTA.— Bueno; ¿nos vamos, mamá?

MERCEDES.— Sí, vámonos. *(Aparece Guillermo. Trae un rollo de papel bajo el brazo.)* Adiós, Guillermo, que sigan las mejorías.

GUILLERMO.— Gracias. Adiós, Modesta.

(Las que se despiden, junto con Ester y Sempro, se dirigen hacia la puerta.)

MELANIA.— Mira, chico: desde mañana te voy a mandar los muchachos.

GUILLERMO.— Bueno, pero mándalos para acá. *(Se sienta a la mesa y abre el rollo.)*

MELANIA.— ¿Vas a mudar para acá la escuela?

Don SAMUEL.— Es lo mejor, no tienes que estar pagando casa.

MELANIA.— A mí me gusta más. *(Se oye adentro la voz de don Elías: "Samuel".)* ¡Don Elías! ... *(Vase de estampía, al mismo tiempo que sale Don Elías del taller y al ver a Melania, que corre, se detiene, tomando actitud. Es un viejo de aspecto ridículo, con una barba puntiaguda presa de una sortija negra. Usa sombrero de anchas alas y el bastón al hombro, tenido por la contera. Gasta voz estentórea.)*

GUILLERMO.— Qué miedo le tienen, don Elías.

Escaneado con CamScanner

Don ELIAS *(Sin hacerle caso a Guillermo y encarándose a Samuel.)*.— Samuel. ¡Qué gracioso! Muy chusco estás.

Don SAMUEL.— ¿Qué es, chico?

Don ELIAS.— Hazte ahora el inocente.

Don SAMUEL.— ¡Unjú!

Don ELIAS.— Mírame a la cara, mírame a la cara.

GUILLERMO.— ¿Es que trae usted algo nuevo en la cara, don Elías?

Don ELIAS.— Sí traigo: ira, ¡indignación!

GUILLERMO.— Hombre, es verdad. Se le nota. Por algo le tuvo miedo Melania.

Don ELIAS.— Hablo en serio, Guillermito.

Don SAMUEL.— Bueno, ¿qué hay con eso?

Don ELIAS.— Hay una insolencia de tu parte, una grosería imperdonable, una...

GUILLERMO.— ¿Está usted en sus cabales, don Elías?

Don ELIAS.— No vengas tú a amonestarme ahora, que aquí el único que tiene derecho a hacerlo soy yo, porque yo soy el ofendido, el ultrajado. Se me ha injuriado de la manera más soez.

Don SAMUEL.— Ahora sí que estamos buenos.

GUILLERMO.— ¿Pero se puede saber de qué se trata?

Don ELIAS.— Se trata de que tu padre ha mandado a un patán a que me falte el respeto ¡en mis propias barbas!

GUILLERMO.— Hombre, es grave eso, sobre todo por el lugar.

Don ELIAS.— ¡Grave, muy grave! Mandar a casa a un vil arriero a que me pregunte si vendo la chiva.

(Guillermo se ríe expansivamente.)

Don SAMUEL.— Yo no me he metido con tu chiva, chico.

Don ELIAS.— Con mi barba, Samuel.

Don SAMUEL.— Ni con tu barba tampoco. Yo tengo mucho que hacer para ocuparme de tu barba. Esto me faltaba. *(Mutis.)*

Don ELIAS *(Siguiéndolo hasta la puerta.)*.— De aquí lo mandaron. Eso es, ahora me dejas con la palabra en la boca. No te rías, Guillermito, la burla soez no debe ser

Escaneado con CamScanner

celebrada por las personas cultas, deja eso para los patanes que son incapaces de comprender la sátira fina. A mí lo que me resiente es que me haga esto tu padre, tu padre que debía tener más miramientos para conmigo.

GUILLERMO.— Ya le ha dicho que no ha sido él: no se empeñe usted.

Don ELIAS.— Es que no es por primera vez. Yo sé que soy tema ridículo de las sobremesas de esta casa. Yo no debía venir aquí, si lo hago es por ti, créemelo. (*Se sienta descubriéndose la calva cabeza para enjugársela.*)

GUILLERMO.— Gracias, don Elías.

Don ELIAS.— Yo sé que tú también eres blanco de las burletas de la malcriada gentuza de El Pegujal. *(Guillermo comienza a impacientarse.)* Por eso te aprecio, y a buen seguro que yo tolere que se te ridiculice en mi presencia.

GUILLERMO.— Muchas gracias, don Elías.

Don ELIAS.— No hay de qué, chico. ¿De qué te ocupas ahora?

GUILLERMO.— Tirando unas rayas aquí..., para matar el tiempo.

Don ELIAS.— ¡Ah! Creí que hacías versos.

GUILLERMO.— No. Los poetas están muy desacreditados en estos tiempos.

Don ELIAS.— Sí, nos maman el gallo. Pero quieras que no, somos más que nuestros detractores. *(Guillermo hace visajes.)* No en cantidad, porque de lo bueno, poquito, y aquí no somos sino dos.

GUILLERMO.— Uno, don Elías.

Don ELIAS.— Hombre: tú y yo...

GUILLERMO.— No, no; es que yo no me ocupo de eso ya.

Don ELIAS.— Pues yo sí. Ahora pienso componer algo para las fiestas de la recepción al Presidente de la República, que como tú sabes visitará el pueblo el mes entrante. Una oda pindárica. *(Sale Ester.)*

ESTER.— ¿Cómo estás, Elías?

Don ELIAS.— Bien, Ester. *(Ester se va por la derecha. Sempro sale y saluda con la cabeza, conteniendo la risa, luego requiere su labor. Guillermo siempre atento a su dibujo.)* ¿Qué

Escaneado con CamScanner

hay, Sempro? Aquí diciéndole a Guillermito que debe escribir algo para la recepción. El escribe muy bonito.

GUILLERMO.— Sempro, hazme el favor. En mi escritorio está un lápiz, tráemelo. *(Sempro se va.)*

Don ELIAS.— ¿Qué es eso? *(Acercándose a la mesa.)*

GUILLERMO.— Nada, nada. *(Hurtándoselo.)*

Don ELIAS.— Chico, ¡qué humor el tuyo! Se te habla y apenas respondes, va uno a ver lo que haces y lo ocultas.

GUILLERMO.— Es que no es de su interés. Rayas...

Don ELIAS.— Para mí que no son rayas, sino versos. Querrás darme una sorpresa.

GUILLERMO.— Que no hago versos, don Elías.

Don ELIAS.— ¡Pues que te aproveche! ¡Qué mala crianza! Si tendré razón en decir que no debo venir a esta casa. *(Yéndose airadísimo, vuelve Sempro.)*

SEMPRO.— ¿Se fue don Elías?

GUILLERMO.— Se fue, por fin. ¡Mire que estos colegas que le salen a uno!

(Sempro, entregándole el lápiz, vuelve a su labor. Ester sale y se pone a barrer.)

ESTER.— Caramba, ni tiempo de barrer he tenido; como que todos se pasaron la palabra para venir, parece que hubiera santo en la casa.

GUILLERMO.— ¡Una idea, mamá! Declaremos día de fiesta el de hoy.

ESTER.— Pero si está empezando la semana: hoy es martes.

GUILLERMO.— ¡Qué importa! En habiendo alegría cualquier día es fiesta, y todos estamos más alegres que de costumbre, hasta el serrucho de papá, todo el año aserrando tablas para la muerte, su ruido es triste; hoy parece que canta porque las corta para un arco de triunfo que, a pesar de todo, significa una alegría. ¡Y el cielo tan azul, tan radiante! Es una ingratitud llamar días de trabajo a los que tienen un cielo como éste.

SEMPRO.— De veras parece domingo.

ESTER.— Esta es otra, que el cielo de los domingos sea diferente.

Escaneado con CamScanner

SEMPRO.— No, es lo mismo, pero se nota como más grande y más alegre.

GUILLERMO.— Tienes razón.

SEMPRO.— Serán ideas de una, como una sabe que es día de fiesta y toda la gente está vestida de limpio.

GUILLERMO.— Pero la verdadera causa es que generalmente no nos fijamos en el cielo sino los días de fiesta. Durante la semana, el trabajo no da tiempo para verlo; pero él siempre está derrochando sobre nosotros su alegría, seis inútilmente para que al cabo de ellos la aprovechemos en el domingo.

ESTER.— Según eso, todos los días son de fiesta para ti.

GUILLERMO.— Todos, mamá, y para todos lo serían a pesar del trabajo. Para ti, por ejemplo, *(a Sempro)* que te lo pasas inclinada sobre el bordado, si de vez en cuando levantaras la cabeza para ver el cielo.

ESTER.— Pero el trabajo no adelantaría.

GUILLERMO.— Es cierto; por desdicha, no es en el cielo donde tienes que bordar tus flores. *(Volviendo a su dibujo.)*

ESTER.— Nadie come con eso. Allá para los versos.

GUILLERMO.— También los versos son alimento, mamá. Si no fuera porque la vida está llena de versos, ¡cuántos se morirían de hambre!

ESTER.— Pero los poetas, que son los que se alimentan de versos, siempre están flacos y al fin se mueren de hambre.

GUILLERMO.— Se mueren de otra cosa, mamá: de tristeza o de rabia, porque se desesperan buscándole un consonante o una armonía a la vulgaridad, a la estolidez y no se lo encuentran.

ESTER.— Yo de armonías y consonantes no entiendo. Allá tú que te sabes de memoria todas las palabras que terminan igual.

GUILLERMO.— No es a las palabras a que me refiero, a la miseria de espíritu, a la campechanía de ciertas personas. Estas son las cosas sin armonía, sin belleza, que hacen rabiar hasta morir a quienes necesitan algo más delicado.

Escaneado con CamScanner

(Sale don Samuel y con un cigarro en la mano se acerca a Guillermo, haciéndole señas de que le dé fósforos. Este saca la caja y se la da.)

ESTER,— Yo lo que sé es que sin esas personas vulgares y mezquinas, muchos se hubieran muerto de hambre a estas horas.

GUILLERMO.— ¿Uno de ellos yo, por ejemplo?

Don SAMUEL.— ¡Que vivan ustedes peleando, caramba! Parecen perro y gato.

ESTER.— Es que este niño todo se lo coge para él.

GUILLERMO.— Todo lo que se me dice para que me lo coja. ¿Acaso para comprender necesito que se me diga: tú eres un holgazán, tú no has trabajado nunca? Si demasiado sé que lo que no pueden perdonar ustedes es el no tener oficio productivo, el ser cigarra en casa de tantas hormigas. Pero no pelearemos más, desde ahora seré hormiga, no a medias como lo soy ahora con la escuela, sino de un todo. Voy a trabajar para ganar dinero, mucho dinero, porque yo no soy de los que se conforman con poco. Y a propósito: ¿te dilatarás mucho con esos arcos?

Don SAMUEL.— Qué sé yo. ¿Por qué?

GUILLERMO.— Porque tengo un proyecto. Voy a construir un aparato y quiero que me ayudes con la obra de carpintería. Habilitaré para mecánico a Manuel, ya que no se consigue a otro en el pueblo.

ESTER.— ¿Y qué aparato es ese?

GUILLERMO.— Una máquina voladora. Estoy terminando el diseño.

Don SAMUEL.— ¿Vas a ponerte a volar otra vez?

GUILLERMO.— Con algo he de contribuir a las fiestas con que agasajará El Pegujal al Presidente, en esos días todos lucirán sus habilidades y no puedo quedarme atrás. Tú también contribuirás, Sempro. Me les bordarás flores de seda a las alas, para que siendo el aparato a un tiempo pájaro y jardín nos pertenezca a ambos.

Don SAMUEL.— Pero, chico, ¿qué necesidad tienes de exponerte a ese peligro?

Escaneado con CamScanner

GUILLERMO.— La de ganar dinero. Yo espero que el Presidente premie mi invento. Además, conozco muy bien mi oficio de pájaro y sé que no tendré ningún accidente. Bastante he practicado de dos años a esta parte.

Don SAMUEL.— Pero ahora con esa pierna inútil. ¿No dices que para coger vuelo tenías que correr primero?

GUILLERMO.— Eso era cuando se trataba de alas, pero ahora será un pájaro perfecto. Mira el diseño. Sentado cómodamente podré maniobrar durante horas enteras y el impulso inicial se obtiene por un mecanismo que te explicaré luego. Acércate tú también, mamá, y tú, Sempro. *(Esta sólo va; don Samuel lo ve de reojo.)*

SEMPRO.— Exacto a un pájaro. Mire, mi tía.

ESTER.— ¿Para qué? No me hacen gracia esas pinturas.

GUILLERMO.— Déjala.

SEMPRO.— ¡Qué bonito debe de verse en el aire! ¿Volará moviendo las alas?

GUILLERMO.— Sí, lo mismo que un pájaro, por medio de palancas y articulaciones. Mira: éste es el timón que hace las veces de la cola en los pájaros; aquí va el conductor sentado.

Don SAMUEL.— El papel aguanta todo.

GUILLERMO.— Bueno, lo que me interesa es saber si me ayudarás.

Don SAMUEL.— Yo tengo ahora mucho que hacer.

GUILLERMO.— Bueno, lo hará otro o lo haré yo mismo. ¿Y tú, Sempro, estás también muy ocupada?

ESTER.— Ella tiene que bordarle esas fajas a Martín, y unas monturas que tiene de encargo.

GUILLERMO.— Es a Sempro a quien le he preguntado, mamá.

SEMPRO.— Yo tengo tiempo, mi tía.

ESTER.— Acuérdate de que tienes también que bordármele el palio al Santísimo.

GUILLERMO.— Mira, Sempro, no me hagas nada, no sea que mamá te ponga a bordarle trajes a las once mil vírgenes por darse el gusto de estorbarme.

Escaneado con CamScanner

ESTER.— ¡Jesús, hijo, qué genio el tuyo! Cualquiera diría que lo que queremos es hacerte un mal.

GUILLERMO.— Si ya sé que lo que quieren hacer es un bien. Aquí todos son muy buenos conmigo, ninguno me atormenta, vivo aquí como la nata sobre la leche.

Don SAMUEL.— Déjame irme más bien. *(Vase.)*

GUILLERMO.— Molestando a todo el mundo, haciéndolos sufrir a todos y dándome la real vida. Pero ya estoy aburrido de tanto mimo y tanta contemplación y tendré que irme de aquí; no quiero seguir siendo... *(Se para violentamente y al ir a dar un paso, olvidándose del estado de su pierna, lo hace sin apoyo y de una manera que lo pone en riesgo de irse de bruces. Sempro se apresura a auxiliarlo.)* Quítate, quítate, no empieces de una vez. *(Ella requiere su labor.)*

ESTER.— Guillermo.

GUILLERMO.— ¡Maldito sea! *(Sentándose de nuevo.)*

ESTER.— Dame paciencia. *(Vase. Pausa.)*

GUILLERMO.— Perdóname, Sempro. No tengo yo la culpa, es que ya no puedo sufrirme a mí mismo. ¡Esta vida, esta lucha! Esta guerra sorda que nos hacemos unos a otros constantemente, me tiene ya fuera de mí. Sólo siento que tú, sin hacerla, la sufras.

SEMPRO.— No les hagas caso.

GUILLERMO.— Buen remedio, tener siempre la enfermedad y no combatirla. La culpa es mía después de todo: ¿quién me mete a querer ser más que los demás? En santa paz viviría si fuera como los otros, como mis hermanos. Esto le pasa a todo el que sale de la manada; que el pastor le tira piedras y le azuza los perros para que vuelva al montón. Buenas dentelladas me han clavado los perros del pastor, pero su furia no ha hecho más que irritar mi odio. Odio, al pueblo que me anula, a la casa donde no se me comprende, donde no se me perdona el tener alas y se me quiere matar el Sueño... ¿Por qué tendrá que defender uno tan crudamente su derecho al Ideal?

SEMPRO.— Cara compra uno la felicidad.

GUILLERMO.— Es cierto; tú también la has pagado con

Escaneado con CamScanner

lágrimas. Con nadie he sido tan injusto y tan brutal como contigo.

SEMPRO.— No digas eso.

GUILLERMO.— Es la verdad: llegué hasta odiarte. Por no haber querido comprender más antes lo que he descubierto hoy: que la tuya es la única alma amiga de la mía. Mira: yo había pensado ocultártelo por un orgullo necio, pero tengo tanta necesidad de decirle esa palabra a quien sea capaz de apreciarla, que no espero más: te quiero, Sempro, y necesito que tú me quieras con toda tu alma. Uno a uno me he ido robando afectos a mí mismo, hoy llego hasta dudar de que papá y mamá me quieran. No diré que me aborrecen, pero he sembrado tantos odios que ni inmerecido sería el de ellos, ni el tuyo mismo, pero arranca de tu alma todo resentimiento y dame lo que necesito: ¡cariño, ternura! Me hacen tanta falta como el agua a la tierra abrasada. Y luego, quién sabe si todos los motivos de resentimiento que te he dado, no sean más bien méritos para lo que pido. Mira: todo eran celos al fin de cuentas. Las ironías y burlas que hacía de tus flores, el desprecio que te hice de ellas cuando me regalaste aquella faja bordada por ti; celos, egoísmo que se convertía en ira al verte toda la vida bordando rosas para engalanar la cursilería del pueblo, como una primavera inútil que produjera rosas vivas para alimentar marranos. Y te echaba la culpa a ti que no la tienes, como No la tiene tampoco la primavera de que haya cerdos en los jardines.

SEMPRO.— ¿Qué más se merecen mis flores?

GUILLERMO.— Sí, se merecen mucho más. Por ejemplo: ser remontadas al son por unas alas de seda. ¡Qué alegría para nosotros esa tarde! Imagínate: una tarde azul como esta mañana, un azul de día de fiesta, radiante de sol; la plaza llena de gente, y en el aire, sostenido por un par de alas que son a la vez un jardín de rosas de seda bordadas por ti, yo, ágil como un pájaro, tal vez entre un enjambre de ellos que me miran con asombro, sobre el asombro de todos, sobre el aplauso de todos, y tú, abajo, trémula de alegría y de orgullo.

Escaneado con CamScanner

SEMPRO.— ¿Y si no sucede, Guillermo?

GUILLERMO.— ¿Si no sucede?... ¡Ea! A tener fe, a esperar con entusiasmo, y entretanto... Acércate, acércate. *(Ella lo hace, él le toma las manos.)*

SEMPRO.— Entretanto, ¿qué?

GUILLERMO.— Entretanto, y de ahora para siempre, a querernos como se quieren los que han estado a punto de ser enemigos. Yo estuve a punto de odiarte, porque mamá se empeñó en que te quisiera y yo comprendí que su intención era comprarme contigo. Quería que yo me traicionara a mí mismo, que renunciara a ser como soy y yo temí que tú estuvieras de parte de ella y que entre ambas se hubiera elegido tu amor como precio de mi abdicación. Tú eras para mí el premio odioso.

(El telón cae, cortando brusco el parlamento.)

Escaneado con CamScanner

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. Sempro corta jazmines, con los que se adorna luego la cabeza. Ester sale barriendo.

SEMPRO.— ¡Mi tía! ¿Todavía no se ha arreglado?

ESTER.— Ahora, niña. Primero es la obligación que la devoción.

SEMPRO.— Si la oyera Guillermo.

ESTER.— Para lo que le importa a él que yo vaya o no.

SEMPRO.— No diga eso, mi tía.

ESTER.— Si fuera otra persona...

SEMPRO.— Yo, ¿verdad?

ESTER.— Pero no te hago cargos. ¿Qué culpa tienes tú de que Guillermo te quiera más que a mí?

SEMPRO.— Usted sabe que eso no es así. Guillermo me quiere de una manera.

ESTER.— Y a mí de ninguna.

SEMPRO.— Yo sé que sí la quiere mucho, mucho. *(Acercándosele cariñosa.)*

ESTER.— Déjame. Estoy muy desagradada contigo.

SEMPRO.— ¿Porque le he quitado el cariño de su hijo?

ESTER.— Por eso no; ya te digo que tú no tienes la culpa.

SEMPRO.— ¿Por qué, entonces?

ESTER.— Porque tú en vez de procurar quitarle de la cabeza esa maldita idea de volar, te has puesto a embullarlo. Si no hubiera sido por ti, hace tiempo que Guillermo habría desbaratado ese pajarraco de mis penas. Tú lo estimulas creyendo hacerle un bien, ya lo sé. Pero ¿qué sabes tú lo que es su bien? Sólo las madres sabemos lo que les conviene a nuestros hijos, sólo nosotras queremos la felicidad de ellos, sin interés ninguno, para ellos solamente.

SEMPRO.— Gracias, mi tía. No sabía que usted me juzgara tan egoísta, tan interesada.

ESTER.— Yo no he querido decirte eso. Pero ustedes los jóvenes se dejan llevar por sus ilusiones, lo que yo digo: tienen la cabeza llena de música.

SEMPRO.— Guillermo dice que así es como se debe vivir: con la fiesta en la casa.

Escaneado con CamScanner

ESTER.— Hazle caso a las tonterías de Guillermo. ¿La fiesta en la casa? Ya lo creo, como él no tiene que ver si lo que es fiesta en la suya, es luto en las de los demás. Y tú, que parecías más juiciosa, te has puesto peor que él. Qué chasco me llevé: perdí el pan y perdí el perro. Yo, que esperaba que tú le asentaras el juicio.

SEMPRO.— Si lo he estimulado ha sido por cumplir mi deber.

ESTER.— ¿Tu deber?

SEMPRO.— Siempre que Guillermo me hablaba de su proyecto me decía: "Que este entusiasmo mío se convierta en ti en fe, para que me la devuelvas cuando a mí me falte". El dice que nosotras, las mujeres, sabemos conservar para toda la vida la fe y el entusiasmo de un momento, mientras que ellos los pierden de una hora a otra y que por esto es que necesitan de nosotras.

ESTER.— Para palabras, Guillermo. ¡Cómo te has contagiado de su enfermedad! ¡Ay, hija! Si pareces otra; no te conozco.

SEMPRO.— ¿Qué se hace, mi tía? Uno de los dos tenía que cambiar y lo natural era que fuera yo.

ESTER.— Todas no son así. Otras muchachas procuran más bien ganarse a los hombres, componerlos.

SEMPRO.— No es tan fácil hacerlo con todos. Si todos los hombres fueran como...

ESTER.— Sí, sí; ya vas a poner a Guillermo por las nubes, y a volver un suelo a los otros pobres.

SEMPRO.— Yo nunca he rebajado a los otros, usted lo sabe demasiado. Y si hago mal en querer a Guillermo, acuérdese de que usted siempre ha dicho que nuestros amores son obra suya.

ESTER.— Sí, mi sueño dorado era que Guillermo se casara contigo.

SEMPRO.— Ya no lo es, ¿verdad? Tenía razón de aborrecerme Guillermo: yo era el dinero de Judas.

ESTER.— Te has puesto de parte de él, contra nosotros, y hoy me pesa haber sido yo la causante. Por ti, más que por él, aunque tú no lo creas. Guillermo nunca tendrá fundamento, nunca pensará en nada serio, se pasará la

Escaneado con CamScanner

vida haciendo versos y viendo volar zamuros, lo cual está muy bueno para un rico, pero no para quien como él no tiene un cuero donde caerse muerto. Mañana o pasado le quitan la escuela, porque ni a eso le atiende y se quedará como antes, de vago. Nada importaría que él no se ganara la vida, si nosotros tuviéramos modo, pero no lo tenemos y ni con el trabajo de Samuel se puede contar, porque ya él está viejo y cansado para empezar otra vez.

SEMPRO.— Y aunque no tuviera, mi tía. Guillermo nunca consentirá que padrino trabaje para él.

ESTER.— Ya sé que él es orgulloso, que no acepta nada de limosna, porque para él, todo es limosna. Que no lo castigue Dios por ese orgullo. Con otras personas no lo usa, para que veas.

SEMPRO.— ¡Ay, Dios mío! ¡Hasta cuándo será esto! ...

(Sale don Samuel, llega y se desploma en una silla.)

Don SAMUEL.— Aya yay...

ESTER.— ¿Quieres un poco de agua fresca? Te has pasado la tarde en ese reventadero de sol.

Don SAMUEL.— No; no estoy para agua fresca.

SEMPRO.— ¿Ya está todo listo?

Don SAMUEL.— Sí, listo para desmontarlo otra vez.

SEMPRO.— ¿Por qué?

Don SAMUEL.— Porque ese pajarraco no vuela, primero vuelo yo.

SEMPRO.— Guillermo asegura que sí.

Don SAMUEL.— Cada uno alaba lo suyo. Ahora se le aflojaron los resortes de una de las alas. En eso está allá Manuel.

ESTER.— Dígame eso. ¿Cuándo habrá hecho esas cosas Manuel?

Don SAMUEL.— Me parece. ¿Acaso eso es lo mismo que componer escopetas o echar a perder relojes?

SEMPRO.— Pero indicándole Guillermo.

Don SAMUEL.— Guillermo tampoco sabe por dónde le van tablas, de mecánica.

ESTER.— Ese niño lo que debe hacer es romper ese coroto.

Escaneado con CamScanner

Don SAMUEL.— Ya él se romperá solo. ¿Sabes que tus flores lo ha que han hecho es echar a perder más la cosa?

SEMPRO.— ¿Por qué?

Don SAMUEL.— ¿Qué sé yo? Guillermo dice que las alas pesan mucho y que la tela se puede romper con la fuerza del viento.

SEMPRO.— Dios mío. Si ése irá a ser el estorbo para que no vuele. *(Va a la segunda puerta.)*

Don SAMUEL.— No te preocupes, que el aparato no saldrá del parapeto, pero no será por los bordados de las alas. ¿De dónde va a sostenerse en el aire una cosa tan pesada? Eso debe ser liviano como las bombas para que pueda subir. Acaso es poca la madera que tiene. Y madera de corazón, para más peor.

ESTER.— Tanta que ha gastado y para nada. Menos madera se lleva una muleta y de más le sirve. Pero ése es otro de sus caprichos: no usar muleta; prefiere andar con un bastón incómodo.

Don SAMUEL.— Yo lo que sé es que el fulano pájaro ese, nos ha puesto en un brete a todos. A mí me hizo perder lo que iba a ganar con los arcos y lo que he ganado es que el Jefe Civil se disguste conmigo.

ESTER.— Tú también tienes la culpa.

Don SAMUEL.— Pero ¿qué hago, Ester? A Guillermo se le metió en la cabeza hacer la máquina esa, y tenía que ayudarlo. ¿Para que después esté diciendo que uno no se interesa por él? Peor hubiera sido que se la hubiera mandado a hacer a otro. ¿De dónde iba a sacar ese niño para pagar?

ESTER.— De donde sacó todo lo que ha gastado. Todavía a Sempro le queda un ranchito que se puede vender.

SEMPRO *(Que ha estado atenta a lo que pasa afuera).*— Tía, no me esté sacando eso a cada rato. Guillermo necesitaba unos reales que yo tenía y nada más natural que se los diera. ¿No les debo a ustedes mucho más que esa miseria? Además, él no me lo pidió, yo quise dárselos y usted sabe que si los aceptó fue como un préstamo.

Don SAMUEL.— Vamos a ver con qué los paga.

Escaneado con CamScanner

SEMPRO.— Con haberlos gastado en su aparato, ya los ha pagado.

ESTER.— ¡Vaya! Si no es así, no que los demandes, porque, con lo que le vaya a dar el Presidente, que no cuente.

Don SAMUEL.— Si lograra volar.

SEMPRO.— ¡Jesús! ¡Qué aguafiestas son los viejos! ¿Por qué no se ponen a pensar más bien en que todo saldrá del mejor modo? Qué ganas de estar mortificándose.

ESTER.— Tú estás muy alegre, ¿verdad?

SEMPRO.— ¿Cómo no estarlo?

ESTER.— Ya lo creo, tu felicidad depende de ese vuelo, de esa locura.

SEMPRO.— No es por mí que me alegro, no me crea tan egoísta, sino por él, por su triunfo. El espera que el Presidente lo proteja y creo que lo logrará, pero tampoco me alegro por eso. Yo lo que quiero es verlo alto, muy alto, en su aparato, volando sobre el pueblo. Me imagino la plaza llena de gente y todos aplaudiéndolo, todos, desde el Presidente para abajo.

ESTER.— Ojalá que lo veamos así y no como temo yo; como lo vi anoche en sueños: en el suelo, muerto.

SEMPRO.— Jesús, mi tía, ni lo repita.

Don SAMUEL.— De veras, Ester. Esas cosas no se dicen en ciertos momentos. *(Hay una pausa. De pronto se oye gritería en la plaza, todos corren a la puerta segunda izquierda.)*

ESTER.— ¿Qué será? ¡Dios mío!

SEMPRO.— ¿Habrá subido ya?

Don SAMUEL.— Nada, nada, los muchachos que gritan por todo. ¡Qué vidita! *(Vase.)*

ESTER.— Pobre Samuel. Yo no tendría tanta paciencia. *(Se retira de la puerta. Sempro se queda en ella.)* Sempro, ¿le prendiste la lamparita a la Virgen?

SEMPRO.— No. Se me olvidó.

ESTER.— Cuándo no. A buen seguro que no se le olvidaría otra cosa.

SEMPRO.— Ya voy a prendérsela pues.

Escaneado con CamScanner

ESTER.— No, deja, la prenderé yo. Ya que a nadie se le ocurre yo sola le pediré a la Virgen que me lo salve de peligro. Yo sé cómo es que quieren. *(Vase refunfuñando.)*

SEMPRO.— ¿Cuándo se acabará esto? (*Se sienta.*) ¡Ya estoy cansada! (*Pausa corta.*)

(Salen Modesta y Melania; ésta, haciéndole señas a Modesta de que no haga ruido, se acerca a Sempro, y quedándose atrás le cubre los ojos con sus manos. Sempro se para; Melania la suelta, riéndose.)

MELANIA.— Tú debes estar muy contenta, mujer.

MODESTA.— Ya lo creo, tan alto que va a estar su novio esta tarde. *(Insidiosa como siempre.)*

MELANIA.— No se habla sino de Guillermo en el pueblo, nadie se ocupa del Presidente, Guillermo es la novedad.

SEMPRO.— ¡Qué de cosas hablarán! ¡Hay más envidiosos en este pueblo!

MODESTA.— De veras. Así pasa con nosotros, con Rafaelito y yo. Hoy no se ha ocupado la gente sino de nuestro compromiso. Que si Rafaelito es hijo del General, porque él fue quien lo representó cuando nos pusimos los aros.

MELANIA.— En eso hizo mal Rafaelito, porque por más Presidente que sea, quien ha debido representarlo es su padre.

MODESTA.— ¿Pero cómo iba a ir don Antonio, chica?, si no tiene ropa negra.

SEMPRO.— De veras. Hubiera sino una inconveniencia. *(Con sorna.)*

MODESTA.— ¡Jesús y esos modales que tiene! Nos hubiera hecho pasar un bochorno. Tanta gente de la crema de Caracas que había en el baile, toda la comitiva del General. Don Antonio no tiene trámites sociales.

MELANIA.— ¡Qué lengua!

SEMPRO.— Ni porque va a ser su suegro.

MODESTA.— Yo la verdad, la digo. Y Rafaelito me da la razón. Además, él tenía que hacerle esa atención al General que se ha portado muy bien con él. Desde que triunfó la revolución lo nombró Director del telégrafo de aquí y ayer le dijo que mientras él mandara lo conservaba porque él sabía que era uno de los buenos servidores de la causa, asimismo.

Escaneado con CamScanner

MELANIA.— ¡Ay, chica! Quince pesos de sueldo, no es para agradecer.

MODESTA.— Pero tiene obvenciones, redondea como veinte pesos al mes.

SEMPRO.— Ya es algo. *(Conteniendo la risa.)*

MODESTA.— ¿Qué más necesita Rafaelito? Cuando nos casemos nos quedamos a vivir en casa y no tendrá que pasar diario. Los veinte pesos serán para vestirnos.

MELANIA.— ¡Qué lujo van a echar ustedes! ¡Diez pesos por cabeza!

SEMPRO.— ¿Y cómo quedó el baile?

MODESTA.— Divino, pregúntale a Melania. Sabes que el General se prendó de Melania.

MELANIA.— ¡Jesús, mujer, con tu lengua!

MODESTA.— Cada vez que la veía decía: "¡Qué mujer tan buena!" Y no quería bailar sino con ella.

MELANIA.— ¡Ay! Qué hombre tan vulgar. Y tan bailarín y tan mal que lo hace. *(Se acerca al jazminero a enflorecerse.)*

MODESTA.— Pero en casa se portó muy bien, de lo más correcto. Comió y bebió de todo sin desconfianza. Lo que más le gustó fue el carato; es muy... democrático.

SEMPRO.— ¿Y esta noche hay otro baile?

MODESTA.— Sí, casa de los Quiñones; ¿tú vas?

SEMPRO.— No, cuando no fui a tu casa.

MODESTA.— ¿Le estás guardando las consecuencias a tu novio?

MELANIA.— Ya va a dejarla ir Guillermo.

SEMPRO.— Es que no tengo ganas.

MODESTA.— Pues yo pienso no perderme de nada. Esto no se presenta todos los días y hay que aprovechar; una se pasa toda la vida metida en la casa picándose de fastidio, porque lo que son los mozos de aquí no les gusta reunirse.

MELANIA.— De veras. Qué hombres tan apáticos. Anoche no estaba ninguno en el baile.

SEMPRO.— Como no tienen ropa negra...

MODESTA.— Y tampoco pueden ir a reuniones de etiqueta: no tienen trámites. Eso sí, todos estaban en la barra cortando.

Escaneado con CamScanner

MELANIA.— A Lorenzo Aldana lo pusieron de vuelta y media. Me gustó más que lo embromaran porque está tan fatuo.

SEMPRO.— ¿Qué le decían?

MODESTA.— Vulgaridades.

MELANIA.— Le gritaban: "¿Lorenzo, dónde dejaste la burra?" Tú sabes que él cuando era muchacho, cargaba agua en una burrita.

SEMPRO.— Pero ahora está en grande.

MODESTA.— Y el General lo quiere mucho. El es el corresponsal de la jira, porque como escribe tan bien. Me ofreció escribirme un pensamiento en mi álbum.

SEMPRO.— Tú también estás en grande.

MELANIA.— Cogió cola.

(Sale Mercedes, oronda y afanada en abanicarse.)

MERCEDES.— Niñitas. Miren que ya se está llenando el templete y nos vamos a quedar sin puesto.

MODESTA.— ¿Ya llegó el General?

MERCEDES.— No, pero dicen que ya vendrá, que se está vistiendo. ¡Ester! ¿Qué es eso, mujer de Dios? ¿En ese traje todavía? *(A Ester, que sale de la derecha.)* Te traigo una buena noticia: Aldana acaba de poner un telegrama al periódico de Caracas, diciendo que el General se dispone a asistir al ensayo de un volador hecho por el inteligente joven Guillermo Orosia y le dice "Esperanza de la Patria" y qué sé yo qué más. Te felicito.

ESTER.— Yo hasta que no pase el susto no puedo alegrarme por nada. Eso que va a hacer ese niño es una temeridad que hasta ofende a Dios. Como me decía el padre ayer, porque El que no le ha dado alas a la gente es porque no le conviene tenerlas.

SEMPRO.— Ya usted ve que *míster* Gilbey dice que en el extranjero hay muchos aviadores.

ESTER.— Porque en el extranjero la gente está más corrompida que aquí.

MERCEDES.— Es verdad, la civilización es muy buena pero corrompe mucho.

con CamScanner

MODESTA.— Sempro, ¿vas a recitar por fin la composición que te dijo el Jefe Civil?

SEMPRO.— No, recítala tú que también la sabes.

MODESTA.— Como yo dije un discurso anoche.

MERCEDES.— Sabes que ofreció dar para el acueducto. *(A Ester.)*

MODESTA.— Ahora se le va a pedir que dé para encementar y ponerle barandas a la plaza. Sempro se había encargado de eso.

ESTER.— Pero Guillermo no quiere y a mí tampoco me gusta mucho.

MERCEDES.— ¿Por qué, Ester? ¿Qué pierde una niña con recitar delante del Presidente?

ESTER.— Nada.

MODESTA.— Esas son susceptibilidades.

MELANIA.— Guillermo sabrá por qué lo hace.

MERCEDES.— Mira, dile a Guillermo que se deje de tonterías, ya el Presidente le ha puesto la vista por no haber querido ir a recibirlo con la escuela.

ESTER.— ¿No se lo dije bastante?

MELANIA.— Por fortuna don Elías se hizo cargo de los muchachos y dijo unas palabras excusando a Guillermo.

SEMPRO.— Si hubieras visto lo furioso que se puso Guillermo cuando lo supo.

MERCEDES.— Pues, mi hijita, lo que digo yo, es que cuando uno necesita de los de arriba no se puede estar con altiveces. En eso tiene razón Aldana.

(Sale Aldana. Es un hombre joven, viste como puede hacerlo un individuo del cortejo presidencial en jira por un pueblo caluroso. Es un tipo infatuado, sin escrúpulos de conciencia.)

MODESTA.— En nombrando al rey de Roma...

ALDANA.— Pronto asoma. ¿Conque hablando de mí?

MERCEDES.— Pero era en bien.

ALDANA.— Gracias, no merezco tan honroso comentario, misiá Ester. Sempro *(saludando)*, a ustedes no las saludo.

MODESTA.— Si nos hemos estado viendo todo el día.

(Aldana se sienta.)

Escaneado con CamScanner

ESTER.— Y a usted, ¿cómo lo ha tratado el pueblo?

ALDANA.— ¡Divinamente! Considere usted: volver a ver los lugares donde nacimos y crecimos. La quebrada donde me pasaba pescando, júbilo de la escuela: la plaza donde jugaba papagayos los domingos y encontrarlo todo como cuando lo dejamos.

ESTER.— Es verdad, nada ha cambiado desde que usted se fue.

ALDANA.— Todo está en su lugar, todo está lo mismo que ayer, hace diez años, cosas y personas, como si la vida no hubiera pasado por el pueblo. Ustedes, amables siempre, Guillermo siempre con la vista en el cielo avizorando vuelos.

SEMPRO.— El sí ha cambiado.

ALDANA.— Sí, ha progresado: ya vuela, pero hasta esta novedad me es familiar, como tampoco me sorprende verlas a ustedes, ya mujeres. Si me parece que mi vida en diez años de ausencia, ha sido sólo un sueño.

MODESTA.— Un sueño agradable.

ALDANA.— Con sus alternativas de pesadilla.

ESTER.— ¿No le ha ido bien en Caracas?

ALDANA.— Bien sí, porque para quien ama la lucha, ella es el bien, pero a ratos pide el alma tregua. ¡Qué brega tan afanosa! ¡La política! Ustedes no tienen idea.

MELANIA.— Si yo fuera hombre me metería a político. Me gusta más...

ALDANA.— Se comprende. Tiene usted un espíritu batallador, y lo ha demostrado afrontando muy temprano las luchas de la vida conyugal y ha vencido en ellas, conservando la lozanía de la flor a pesar de los frutos.

MELANIA.— ¡Ah, sí!

ALDANA.— Por eso no es extraño que ante plaza tan inexpugnable, se rindan los conquistadores.

ESTER.— ¿Y usted no se ha enamorado en Caracas?

ALDANA.— Enamorado sí, pero no en la acepción que generalmente se le da al término. Yo soy enemigo de la novia exclusiva, me parece una injusticia como a los socialistas la propiedad de la tierra, y perdonen ustedes la comparación.

Escaneado con CamScanner

(Seguido de dos hombres, de los cuales uno trae una caja y otro un rollo largo de tela blanca, sale Míster Gilbey, un norteamericano rubicundo y expansivo, de quien, por la rubicundez y por la indumentaria, se conocerá la nacionalidad, más que por el hablar, en el que sólo conserva un discreto deje del acento peculiar.)

MR. GILBEY.— Buenas tardes.

ESTER.— Adelante, *míster* Gilbey.

MR. GILBEY.— Con el permiso de la señora, estos hombres van a trabajar aquí un poco.

ESTER.— Bien pueden.

MR. GILBEY.— Gracias. Pasar. *(A los peones que saludan y entran siguiendo al taller de don Samuel.)*

MODESTA.— ¿Este es el "musiú" del cinematógrafo?

ESTER.— Sí. Guillermo le dijo que trajera para acá sus aparatos, como aquí dará sus funciones.

MODESTA.— Pero la de hoy es en la plaza.

ALDANA.— El General le dio dinero para que diera una función gratuita.

SEMPRO.— En el tablado que ha hecho Guillermo para su aparato, pondrá *míster* Gilbey el suyo.

MERCEDES.— ¿Y cuándo vuela Guillermo? Se va a hacer tarde para los toros.

(Sale míster Gilbey.)

MR. GILBEY *(A los peones que sudan adentro.)* Bueno, muchachos, bien prensado, que no queden arrugas, ¡ah! *(Viene al proscenio.)* Estamos ahora prensando la pantalla.

MERCEDES.— ¿A qué hora empieza la función?

MR. GILBEY.— A las ocho; en cuanto termine su experimento el señor Guillermo, montamos el aparato. Una función estupenda, dedicada a las familias; todas películas muy morales, muy interesantes, lo mejor que tenemos. Además, una sorpresa dedicada al valeroso aviador de El Pegujal.

ALDANA.— ¿A Guillermo? ¿Algo a propósito?

MR. GILBEY.— Calle usted, señor, ya verá, ya verá. ¡Gran sorpresa! ¡Cosa de actualidad!

SEMPRO.— ¿Y usted siempre va a tomar la película que le ofreció a Guillermo?

Escaneado con CamScanner

MR. GILBEY.— ¡Oh! Sí, señorita. Tengo tres fotógrafos en la plaza. Todas las... ¿cómo se dice esto?... las peripecias en la cinta para gloria del señor Guillermo.

MELANIA.— ¿Veremos esta noche misma la vista?

MR GILBEY.— ¡Oh! ¡No, señora! No está posible tan pronto. Al regreso, yo vuelvo pasar por aquí antes de regresar Caracas.

ALDANA.— ¿Sigue usted su jira por los pueblos del interior?

MR. GILBEY.— ¡Oh! Sí, son muy bonitos estos pueblos. Yo tomaré bastantes películas para mandar Europa y a mi país. Gustan mucho estas cosas bárbaras.

ALDANA.— Hombre, gracias, pues no nos ha insultado usted.

MR. GILBEY.— ¡Oh! No, no. Usted perdone. Decía de los toros, de esos descabezamientos de gallos. ¡Muy curioso!

ESTER.— Es verdad; es muy bárbaro eso de meter un pobre animal en la tierra, y cortarle el pescuezo.

MR. GILBEY.— Pero está muy divertido, señora. Las cabecitas saliendo de la tierra y los muchachos con los ojos tapados, tirando machete. ¡Ja, ja, ja! En una película eso gusta mucho, hacer reír al público.

PEON *(Asomándose.)* Míster.

MR. GILBEY.— ¡Oh! Permiso de ustedes. *(Vase.)*

ALDANA.— ¡Son unos tipos estos extranjeros! ¡Hola! ¿Cómo marcha eso, chico? *(A Guillermo que sale seguido de Don Samuel.)*

GUILLERMO.— Espero por tu jefe.

ALDANA.— Ya vendrá.

(Aparece Bruno Patiño, una ruina humana, tambaleándose de embriaguez y deformidad, sobre las muletas que lo apuntalan.)

BRUNO.— ¡Viejo Samuel!

Don SAMUEL.— ¿Qué hay, Bruno?

BRUNO.— ¡Qué va abé! Que aistá el hombre. Ahora es que voy a ve estos godos toos apuraos. ¡Y qué pasaera e rabo! ¡Ah godos malos! ¡Que se acomoden pa que bailen, la pelea es peliando! ¡Y viva el gran partido! Al que no le guste el golpe que l'eche la colcha al alpa; ¿verdad viejo? Yo sé quiusté es godo. Pero de los godos buenos es la

Escaneado con CamScanner

verdá. *(Mientras habla, las mujeres lo han hecho a media voz entre sí y luego se han ido por la derecha.)*

Don SAMUEL.— ¡Ah! ¡Bruno!

BRUNO.— Si aquistá Guillermito. Compañero, no se aflija; ¡p'arriba es que vamos! Aprenda e mí. A mí mesfarataron too el cuerpo en una machatazón aquí mismo en la loma El Muerto, pero no sabe el tiro que eché.

Don SAMUEL.— Pero ya tú no sirves para nada, Bruno.

BRUNO.— ¿Que no? ¡Ah carato, viejo! ¿Usté sabe zambo malo? Este zambo Patiño. Colmigo se vela el muerto parao. Y asina es como deben sé los hombres; hombres de guerra. ¡Los que hacen farta, son hombres de guerra! ¿Pa qué bachiyeres? Toavía nos farta mucho tiro que echá. ¡Tararí! ¡Fuego y adentro! ¡¡He hecho patria!!

ALDANA.— Ya Bruno cree que está en el campamento.

BRUNO.— Eso es lo que hace farta di al campamento. El pueblo no pue viví sin guerra. Toavía nos farta mucho godo que colgá. ¡No se esté pensando que la guerra siacabao!, la guerra no se pué acabá.

ALDANA.— ¡Qué esperanza!

GUILLERMO.— Bueno, amigo, vaya saliendo.

BRUNO.— Míe que estamos de quien a quien, catire.

Don SAMUEL.— Pero él va a volar y tú no...

BRUNO.— ¿Volá? Sapo no vuela ni que gavilán lo eleve.

GUILLERMO.— ¡Vamos pues, hombre!

BRUNO.— Está güeno, le doy las gracias, pero su caráster está muy isclusivo. ¡Ah!, ¡malaya más! *(Yéndose.)* Y después dicen que se acabó la guerra. ¡Ah!, ¡malaya más! *(Vase.)*

Don SAMUEL.— ¿Qué diría su jefe el Pacificador si oyera a Bruno?

ALDANA.— Es curiosa esa obsesión de la guerra.

GUILLERMO.— Ahí tienes tú una personificación del pueblo; un despojo de la guerra, miserable, mutilado por ella, y pensando siempre en ella como en el único remedio. Sus delirios de borracho son combates de godos y liberales, dos mentiras con las cuales tantos aventureros han dividido al pueblo para abrirse paso. Este borrachín, o

Escaneado con CamScanner

uno de los muchos idiotas a fuerza de hambre y vicios, que tanto abundan aquí, es quien ha debido hablarle al Presidente esta mañana, y no aquel contento, por pagado, jornalero, si es que ustedes querían que el Presidente supiera lo que piensa el tantas veces llamado noble y laborioso pueblo. *(Va a la puerta.)*

Don SAMUEL.— Este Bruno era capitán de los federales en la guerra de los cinco años.

ALDANA.— Y todavía anda buscando godos que colgar.

Don SAMUEL.— Y los colgaba de verdad. Se vieron cosas en esa guerra. Aquí vivía uno con el credo en la boca. Un día estaban en el pueblo los federales y al día siguiente los godos. Y esa fusiladera de gente de lado y lado que daba miedo, ahí mismo en esa sabana de enfrente los fusilaban.

GUILLERMO.— Papá, sería bueno que te fueras. Hay mucha gente en la plaza y Manuel solo no puede cuidar el aparato. *(Vase Don Samuel.)*

ALDANA.— ¡Hombre! Le has cortado la palabra al viejo.

GUILLERMO.— Es que los cuentos de él, son cosa de nunca acabar y no estoy de humor.

ALDANA.— No me explico la razón; yo como tú estaría radiante de alegría: la prueba, el éxito, sin duda...

GUILLERMO.— La emoción... Y tú; ¿qué tal? ¿Te diviertes?

ALDANA.— Como un bárbaro.

GUILLERMO.— Se necesita serlo para divertirse con esto.

ALDANA.— ¡Vaya! Gracias.

GUILLERMO. No te lo digo a ti, hombre.

ALDANA.— Ya veo que te das la perra vida aquí.

GUILLERMO.— Ni más ni menos. Aquí se suda mucho, y se odia mucho.

ALDANA.— Para que veas: yo me encuentro bien en mi pueblo nativo. Después de una ausencia de diez años, he caído en sus brazos, como un hijo en los de una madre cariñosa.

GUILLERMO.— No me vengas con sentimentalismos cursis. Qué brazos, ni qué madre cariñosa.

ALDANA.— Hombre, tú no lo sentirás así.

GUILLERMO.— Ni lo siente nadie. Ganas de hacer frases.

Escaneado con CamScanner

ALDANA.— Cómo se conoce que no sabes tú lo que es la nostalgia por el terruño...

GUILLERMO.— Mira, si sigues por ese camino ya vas a hablarme del *duro pan del ostracismo*. ¿La nostalgia? Para mí no ha sido nunca sino una palabra, bonita cuando más.

ALDANA.— Para mí ha sido un sentimiento profundo, no me avergüenza decirlo, antes que nada soy ingenuo. Yo siempre que vaya a hacer un viaje en lo primero que pensaré será en el retorno y pensaré en él con alegría.

GUILLERMO.— Pues si empiezas por el regreso no adelantarás gran cosa. Yo nunca pienso en regresar.

ALDANA.— Será una debilidad, chico, pero yo rindo culto a los dioses lares y mi Patria siempre será para mí mi afecto más grande porque es la suma y el símbolo de todos mis afectos. No sólo la Patria sino aun el rincón de ella donde rodó mi cuna. En Caracas mismo, que no es tierra extraña, añoraba yo el pueblecito silencioso y como en sueños veía su campanario blanco, su calle larga.

GUILLERMO.— Sí, sí, conozco el paisaje. Considera: veinticinco años viéndolo, ¡si lo conoceré! Y tanto que voy a cogerle gazapos a tu imaginación: lo que veías en sueños no era el pueblo, sino el cromito; no hay tal campanario ni tal calle; aquí siempre las campanas de la iglesia han estado a la intemperie de la plaza, colgadas de unos palos y la calle no es sino una carretera.

ALDANA.— Pero no lo tomes al pie de la letra, es un símbolo.

GUILLERMO.— Para que no hagas literatura de mal gusto. Ya eso de los campanarios no suena y hay que buscarle un símbolo nuevo y verdadero a la Patria, grande o chica, un símbolo que diga algo, que exprese lo que es en realidad la Patria para uno. Yo cuando esté lejos, si es que alguna vez llego a estarlo, no veré de ella sino cuatro cerros áridos en torno a un pueblo miserable de donde sube sin cesar la polvareda que levantan los arreos. Y esto no enternece al más mingón.

ALDANA.— Y tal vez veas levantarse de entre esa polvareda un parapeto donde se extienden dos alas.

Escaneado con CamScanner

GUILLERMO.— Dos alas que no abandonarán nunca el parapeto. ¡Bonito símbolo! Además, yo no necesitaré de símbolos para recordar al pueblo. Su recuerdo lo llevo aquí: *(Golpeándose la pierda fracturada.)* Obra de él es esto. Esto es su venganza; el pueblo sabía que yo lo odiaba, que quería librarme de él y para imposibilitarme para la fuga me hizo esto. No fueron el Jefe Civil y mi hermano, sino el pueblo y la casa, los que me cazaron a tiros, por el delito de tener alas.

ALDANA.— Pero siempre te saldrás con la tuya.

GUILLERMO.— Sí, porque una u otra cosa, siempre será escapar. Dos salidas hay; una arriba, radiante, inmensa; otra abajo, oscura, estrecha, pero suficiente para pasar por ella.

ALDANA.— ¿Quiere decir: que estás dispuesto a jugar el todo por el todo?

GUILLERMO.— Sí, ya esto no es vida. En lucha constante contra un medio depresivo, defendiendo inútilmente un ideal que, por extemporáneo, resulta ridículo. Todo aquí me es hostil, todo se me censura: mis estudios, mis versos, hasta este traje y esta flor a los que debo mi fama de afeminado y que por lo mismo siempre llevo puestos.

ALDANA.— Es que eres una planta exótica. Pero siquiera te has hecho tu invernadero, Sempro te comprende. Si yo te dijera que a veces he pensado que vale tanto una vida apacible, como una vida famosa. Y ya que ésta importa tanta lucha y la otra se brinda tan fácil, ¿por qué no decidirse por ella? Apenas basta el amor de una mujer que lo comprenda a uno... Convéncete, chico, la felicidad es barata, lo que pasa es que nos empeñamos en pagarla cara por darnos importancia.

GUILLERMO.— Sí, es una de las tantas formas de renunciación.

ALDANA.— Y no es que me falten energías, tú podrás censurarme todo lo que quieras, pero esto tienes que reconocérmelo.

GUILLERMO.— Y te las reconozco. Lo que te censuro es que no las hayas puesto al servicio de una causa más noble.

Escaneado con CamScanner

ALDANA.— Sí, hubiera sido mejor; pero; ¿qué le hacemos a la Naturaleza? Esto de ideales nobles es una cosa tan personal, y tan fatal como el talento o el valor. Quien no nace con ellos nada hace con ponérselos postizos, porque a lo mejor se le caen. Cuestión fisiológica, convéncete.

GUILLERMO *(Reprimiendo un gesto de repugnancia.)*.— Mira, Lorenzo, te reconozco la virtud de juzgarte a ti mismo con franqueza. No me atrevería a hacer de mí un juicio como el que te has hecho.

ALDANA.— Se necesita tener menos respeto que el que te profesas.

GUILLERMO.— Y saber lo que uno vale. Quizás yo no conozco mi valor efectivo.

ALDANA.— ¿Sabes por qué? Porque no has luchado, y así como el papel moneda sólo adquiere valor cuando entra a cotizarse, así el hombre necesita entrar en lucha para saber lo que vale. La lucha, la vida no es más que un comercio de valores humanos. Es necesario cotizarse.

GUILLERMO.— Es un modo de decir: venderse.

ALDANA.— ¡No seas puritano! Eso quiere decir: ponerse en circulación.

GUILLERMO.— ¡Cuántos valores falsos circulan por aquí!

ALDANA.— ¡Ah! Porque sus tenedores son hábiles bolsistas y así como los propios se sirven de malas artes para provocar el alza o la baja, estos bolsistas de valores humanos se valen de argucias y socaliñas para lograr el éxito propio o el fracaso ajeno. Es decir: el alza o la baja. Y hay que tener presente también aquello de que "la moneda mala arroja a la buena" para no fiarse sólo en el valor intrínseco. Yo, dicho con franqueza, he jugado siempre al alza y estoy a punto de adquirir muchos más sobre mi valor actual de corresponsal de la jira presidencial. Ya te comunicaré el resultado de mis operaciones mercantiles.

GUILLERMO.— Yo, para seguir con tu analogía comercial, he preferido el ahorro. Ganar mucho todos los días en valor moral y no perder nada.

Escaneado con CamScanner

ALDANA.— Sí, también es un camino, más largo.

GUILLERMO.— Pero más seguro.

ALDANA.— Indudablemente. Y hoy estás a punto de hacer una bonita ganancia.

GUILLERMO.— No quiero entregarme de lleno a esa ilusión, por miedo de que no sea más que ilusión.

ALDANA.— ¡Qué va a ser, hombre! Si te digo que hoy he trabajado en ese sentido con el General, te pensiona, cuanta con eso. Yo he preparado el terreno, lo que hace falta es que salgas airoso de la prueba y negocio hecho: te vas con nosotros pasado mañana mismo y de ahí a Europa. Puede que allá nos veamos. ¡Vamos, hombre! Pon una cara más risueña, que te estoy hablando de tu triunfo. ¿O es que ya comienzas a entristecerte porque si te vas a Europa te separas de Sempro?

GUILLERMO.— Sí, eso es, me aflige tener que dejarla. *(Se para.)* ¡Imbécil! *(Aparte.)*

ALDANA.— ¡Pero, hombre! Sempro que espere. Bueno está que se quiera a una mujer, pero no hasta el punto de que llegue a convertirse en estorbo, en lastre que nos impida subir. Y esto de lastre viene aquí de perlas; tú has convertido el amor en lastre: un lastre de seda sobre las alas de tu aparato.

GUILLERMO.— Bueno, ya esto me lo has dicho. Ya sé que cometí una tontería haciendo bordar las alas, por hacer un símbolo que ahora me resulta pueril.

ALDANA.— No tanto, el símbolo es feliz y no es de censurársete. Pero sí sería censurable que le pusieras ahora un lastre de sentimentalismo a las alas de tu espíritu.

GUILLERMO.— ¡Hombre! ¿Crees que puede preocuparme de veras la idea tan gratuita de esa separación? *(Sale Mr. Gilbey.)*

MR. GILBEY.— ¡Oh! Señor Guillermo. Creí que usted estaba ya en su máquina.

ALDANA.— Estamos esperando que llegue el General.

MR. GILBEY.— Quiere usted hacerse esperar. Está muy bueno darse importancia, como dicen ustedes. Yo voy a

Escaneado con CamScanner

prepararme desde ya, quiero tomar la película con la llegada del General Presidente.

GUILLERMO.— A propósito, tengo que exigirle un favor. Me da pena salirle con esto ahora... Eso de la película... Si usted quisiera desistir. Yo le agradezco mucho la atención, pero no puedo complacerlo... por razones personales.

MR. GILBEY.— ¡Oh! ¡Caramba! Yo siento mucho esas razones, para mí estaba un gran placer tener una cinta del vuelo de usted, señor Guillermo. Estaba curioso esto de vuelos en El Pegujal y yo quería mandar a mi país y Europa esta película...

ALDANA.— Usted la hubiera titulado "La aviación entre los salvajes", ¿verdad?

MR GILBEY.— ¡Oh!, no, señor.

GUILLERMO.— No importa el título; siempre habría llamado la atención en Europa este progreso hacia atrás.

MR. GILBEY.— ¿Progreso hacia atrás?

GUILLERMO.— ¿No me ha dicho usted, con una franqueza que le agradezco, que mi invento está atrasado en cincuenta años?

MR. GILBEY.— ¡Oh! Sí, dije a usted que hoy no se usan esos pájaros, lo que hay es aeroplanos, cosas así, miren ustedes. *(Con un papel cogido de la mesa pretende dar la idea de la forma de un aeroplano.)* Uno aquí, otro así, encima, planos, y aquí el timón, ¿comprende usted? En fin, yo enseñaré a usted muy pronto un aeroplano. Pero la forma no hace caso, lo que importa es el motor, nadie vuela hoy sin motor... el motor es... ¿cómo se dice?... empuja y también sostiene el aire. Hay un señor que dice: santa hélice; yo digo también: santo motor. ¡Oh!, sin esos dos santos no se sube al cielo.

ALDANA.— He ahí el invento de Guillermo: volar sin motor. ¿Y quién asegura que ésa no sea la solución del problema? Para mí que dentro de cincuenta años volaremos sin necesidad de aparatos, con unas alitas simplemente o como aquel personaje de Julio Verne.

MR. GILBEY.— Lástima morirse uno antes, será eso muy divertido.

Escaneado con CamScanner

GUILLERMO.— Tan divertido y absurdo como esto que voy a hacer ahora yo.

MR. GILBEY.— Por eso quería tomar la película.

GUILLERMO.— Pero no me hace gracia divertir con mi atraso a los adelantados, de modo que le agradecería que desistiera. Ya encontrará asuntos muy curiosos también.

MR. GILBEY.— ¡Oh!, no. Si usted no consiente, señor Guillermo, usted está muy dueño de no permitirlo. Inmediatamente voy a retirar mis aparatos. Permiso de ustedes. *(Vase a la calle.)*

ALDANA.— ¿Por qué has hecho eso?

GUILLERMO.— Ya has oído: por no divertir al público culto que asista mañana a la exposición de esa cinta. Mi máquina puede ser un prodigio para la ignorancia de aquí, pero en otras partes resulta ridícula. Algo así como salir ahora inventando la pólvora. Es lo que a duras penas he hecho. El problema de la aviación está casi resuelto en Europa y yo aquí empezando por el principio.

ALDANA.— ¿Es que tú no estabas en cuenta de esos adelantos?

GUILLERMO.— ¿Quién se entera aquí de lo que pasa en el mundo? Ni un libro, ni un periódico siquiera, como no sea el tuyo, que sólo se ocupa del Héroe, vienen jamás a este pueblo. Somos los rezagados del progreso.

ALDANA.— Pero para construir tu máquina se requerían estudios que has debido hacer en alguna parte.

GUILLERMO.— Sí; pero no pude hacerlos y lo que hice fue inventar, descubrir un fósil. Así tenemos que hacer todos aquí: malinventar lo que ya de viejo se sabe en otras partes, empezar por el principio. Para nosotros se ha perdido tristemente la lucha de los siglos por la conquista del progreso, por eso llegamos tarde aunque corramos hasta reventar, porque vamos a pie por caminos de recuas mientras los otros van en automóvil o en ferrocarril.

ALDANA.— Chico, me he caído de un coco, yo creí que tú estabas enterado de la materia, me habías hablado de un libro...

Escaneado con CamScanner

GUILLERMO.— El libro es una novela donde se refieren los estudios del vuelo, hechos por un hombre de la Edad Media, la novela de Leonardo de Vinci. Mira si estaré enterado, cuando todavía voy por Leonardo.

ALDANA.— Sin embargo, tú has volado.

GUILLERMO.— Revoloteado simplemente; es todo lo que podemos hacer aquí: revolotear a riesgo de que alguno se asuste y nos cace a tiros.

ALDANA.—Todavía no puedes decir eso. Tu máquina estará atrasada pero puede volar. Mayor mérito para ti.

GUILLERMO.— No vale la pena tanto esfuerzo para un éxito tan mezquino. Haber luchado tanto, haber tenido que ser carpintero y mecánico, porque el mecánico de aquí no es sino un aprendiz de armero, y el carpintero un fabricador de urnas, para que al fin todo se reduzca a que me admiren los ignorantes y se ría el que sabe. *(Pausa.)* ¿Ahora dime si tendré algo que agradecerle al terruño?

ALDANA.— Tienes razón, pero no vale la pena preocuparse, quedas bien aquí que es lo único que interesa por el momento, luego el General te pensionará y te irás a Europa, allá te pondrás al corriente, y tendrás éxito...

GUILLERMO.— ¡Que tenga uno que ir a buscarlo entre los extraños!

ALDANA.— Es doloroso, pero ¿qué se hace? Menos mal para ti que el general está dispuesto a protegerte. Yo he puesto en juego toda mi influencia, que alguna tengo, y ahora rato puse al periódico un telegrama que te favorece mucho.

GUILLERMO.— Gracias, Lorenzo.

ALDANA.— No tienes por qué darlas. Es deber de casta ayudarnos unos a otros. *(Se para.)* En fin, te dejo, porque ya debe estar el General preparado para salir y no quiero que espere por mí. Hasta la vista.

GUILLERMO.— Hasta la vista. *(Se queda viéndolo con expresión de profundo desprecio.)* Tú siquiera llegaste, rastreando, pero llegaste. Tú sí tienes por qué amar la Patria. ¡Qué generosa es contigo! ¡Te envidio, porque

Escaneado con CamScanner

yo también quisiera amarla! *(Pausa. Salen Ester, Sempro, Melania, Mercedes y Modesta.)*

MELANIA.— ¡Ay!, si Guillermo está aquí todavía.

MERCEDES.— ¿Y Aldana?

GUILLERMO.— Se fue.

MODESTA.— De seguro que ya habrá llegado el General; vámonos, mamá.

ESTER.— Sí, váyanse, después se llena de gente el templete. Vete con ellas, Sempro.

GUILLERMO.— No vayas. *(A Sempro, que le consulta con la mirada.)*

SEMPRO.— No; yo me quedo con usted, tía. Desde aquí se ve lo mismo.

MERCEDES.— Bueno, vámonos.

SEMPRO.— ¡Jesús! ¡Qué cara tienen ustedes! No parecen los amos de la fiesta.

ESTER.— ¿Cómo quieres que estemos, hija?

MODESTA.— Anda, Melania.

MERCEDES.— Hasta ahora, pues. *(Vanse.)*

ESTER.— Guillermo, ¿estás resuelto a...?

GUILLERMO.— A todo, mamá.

ESTER.— Que Dios te ampare, hijo. Tu madre se quedará aquí rezando por ti.

GUILLERMO.— Gracias, mamá.

ESTER.— Esto es lo que nos queda a las madres: rogarle a Dios cuando los hijos no quieren oírnos... *(Sempro, a un lado, llora en silencio.)* Mira, hijo, ya que no quieres hacerlo por mí, hazlo por ella. Desiste de esa locura.

GUILLERMO.— No puedo, mamá. *(Apretando la mano que la madre ha puesto en sus hombros. En ésta como en las anteriores respuestas se advierte el repentino enternecimiento que lo ha invadido desde el monólogo anterior.)*

ESTER.— ¡Dios mío! Hágase tu voluntad. En tus manos lo pongo. *(Vase.)*

GUILLERMO.— Sempro, Sempro. ¿Qué es eso? ¿Por qué lloras? Tú, la mujer fuerte hasta este momento.

SEMPRO.— Es que me ponen muy nerviosa las cosas

Escaneado con CamScanner

de mi tía. Te encomienda a Dios como si te fuera a suceder algo.

GUILLERMO.— Cosas de madre. El amor de ellas es así: asustadizo.

SEMPRO.— Y el de todo el que quiere de veras es así.

GUILLERMO.— Luego, ¿tú también temes?

SEMPRO.— Sí, Guillermo.

GUILLERMO.— Pero ¿cómo va a ser? Si hasta esta mañana estabas tranquila, valiente. ¿A qué se debe esa transformación?

SEMPRO.— A que la hora se ha ido acercando será. Ahora preferiría que te quedaras con nosotros.

GUILLERMO.—Bueno estoy. La que se había comprometido a alentarme cuando la fe me faltara me sale ahora con esto.

SEMPRO.— ¿Qué culpa tengo? Tú también estás preocupado.

GUILLERMO.— Pero mi preocupación es hasta una prueba de la confianza que tengo que en salir bien del ensayo. Parece mentira: pero ¿sabes lo que estoy pensando? Que Aldana me ha dicho que me prepare para irme con ellos pasado mañana.

SEMPRO.— ¿Y por eso?

GUILLERMO.— Irme significa salvarme, pero también implica dejarte. Tengo que dejarte y te dejaré sola, porque ya para ti estar aquí será estar sola. Para hacerte mía te robé a los otros, te hice enemiga de ellos, y mañana cuando ya no esté yo contigo, tendrás que vivir entre enemigos con quienes ya no te podrás reconciliar y la vida será para ti, dura y cruel, tanto más cuando más seductora fue la ilusión de la que soñamos vivir.

SEMPRO.— ¿Por qué no me llevas contigo?

GUILLERMO.— Es tan duro el viaje que voy a hacer, tan penoso, tan... que no me atrevo.

SEMPRO.— Si es así tampoco debes ir tú.

GUILLERMO.— No hay remedio, es necesario hacer el viaje. Yo no podría seguir así, entre extraños, como de visita, todo me ha sido tan ajeno...

Escaneado con CamScanner

SEMPRO.— ¿Todo?
GUILLERMO.— Todo menos tú. Tú sólo fuiste mía, pero aun eso, ¡qué poco tiempo!
SEMPRO.— ¿Acaso dejaré de ser tuya?
GUILLERMO.— ¿A pesar de la... partida, Sempro?
SEMPRO.— A pesar de todo.
GUILLERMO.— Gracias... Y... dime: ¿qué harás tú desde ahora?
SEMPRO.— Esperarte.
GUILLERMO.— ¿Bordando tus rosas? No sabes lo que me entristece pensar que cuando yo no esté aquí volverás a bordar tus pobres rosas de seda sobre fajas y monturas, sin la esperanza siquiera de que alguna vez lleguen a remontarse sobre otras alas. Volverán para ti los días sin alegría, como antes. ¡Cómo me pesa ahora no haberte querido desde niño! Tanto rencor para arrepentirme a última hora. Mira: ahora quisiera haber querido mucho en la vida, a mi pueblo, a mi Patria, a ustedes todos; me arrepiento de las injusticias para con mis padres y mis hermanos, me parece que todos han sido muy buenos conmigo y quisiera haberlo sido yo también con ellos.
SEMPRO.— No sigas hablando de esas cosas. Te pones nervioso y eso puede perjudicarte.
GUILLERMO. Es que quiero ir despidiéndome de ti desde ahora.
SEMPRO.— Ya habrá tiempo. No es el momento oportuno para despedidas. *(Se oyen vítores en la plaza y aplausos.)*
GUILLERMO.— ¡El Presidente! ¡Llegó la hora!
SEMPRO.— *(Tomándole las manos.)* ¿Qué tienes? Te tiemblan las manos. No vayas, Guillermo.
GUILLERMO.— Es necesario, acuérdate que fue el precio que le puse a tu amor.
SEMPRO.— Y si lo pagas...
GUILLERMO.— ¿Con la vida? Así lo tendré para toda la eternidad. *(Buscando la vista.)* ¿Y mamá?
SEMPRO.— ¿Quieres que la llame?
GUILLERMO.— Sí. *(Sale Ester.)*

Escaneado con CamScanner

ESTER.— Hijo, ¿te vas?
GUILLERMO.— Sí...
ESTER.— Que Dios te bendiga y te ampare. *(Se abrazan y besan, luego Guillermo se vuelve a Sempro.)*
GUILLERMO.— Bueno, Sempro. *(La abraza; en silencio se separan luego, y Guillermo se va. Sempro lo sigue hasta la puerta, donde se detiene. Ester en medio del patio. Luego salen Melania y Manuel.)*
MELANIA.— Aquí me traen arrestada.
ESTER.— ¿Qué es, Melania?
MELANIA.— Que Manuel no quiere que esté en el templete.
ESTER.— ¿Por qué, Manuel?
MANUEL.— Porque no quiero estar haciendo mal papel.
MELANIA.— Porque está celoso, misiá; él cree que yo me voy a enamorar del Presidente, ja, ja, ja.
ESTER.— Melania.
MELANIA.— Pero tú tienes la culpa, chico; por tu gusto fui al baile y por tu gusto vine esta tarde; ¿no me dijiste que se podía poner bravo Guillermo si no venía?
MANUEL.— Pero si yo digo que tú le hagas caso. Es que no quiero que estés donde está él. Y lo que es el sinvergüenza ese de Aldana, que coma avispas, porque conmigo lleva la soga arrastra.
ESTER.— ¿Es verdad eso que dice Manuel, Melania?
MELANIA.— ¿Qué sé yo? Pero quien tiene la culpa es él; ¿por qué no me lo dijo desde un principio? A mí lo que me da rabia es que tú te estés pensando que yo le hago caso a ese hombre.
MANUEL.— Si no es eso, Melania, yo sé que tú no le haces caso, pero la gente te ve y dice que si yo...
MELANIA.—Sí, tú no lo crees... Por eso que estabas tan repugnante conmigo en el almuerzo...
ESTER.— Bueno, se acabó eso, pues. *(Melania se acerca a Sempro.)*
MELANIA.— Chica, que se te van los ojos.
MANUEL.— Yo no sé pa qué ha venido éste... Tan tranquilo que estaba uno. Y esa pandilla de adulantes que andan con él parriba y pabajo...

Escaneado con CamScanner

ESTER.— Es verdad, hijo. Y como la gente de aquí es tan sacristana. No ves a Vicente, tan estirado y escrupuloso y presta su casa para parrandas...

MANUEL.— Lo que es Melania no vuelve más allá...

MELANIA.— Anjá, ya Guillermo llegó. *(Ester y Manuel se acercan, Manuel vase.)* Mírelo. Qué gentío. *(Se oyen gritos.)*

ESTER.— ¿Por qué gritan?

MELANIA.— Porque descubrieron el aparato. ¡Qué grande! *(Pausa.)*

ESTER.— Sempro, ¿te fijaste en lo cariñoso que estaba Guillermo?

MELANIA.— ¿Qué es, mujer? ¿Vas a llorar ahora?

SEMPRO.— Es que yo también noté eso, y es lo que más me asusta.

MELANIA.— No seas tonta. Mira: ya Guillermo subió al aparato. ¿Qué van a hacer ahora en aquel palo?

SEMPRO.— A soltar aquellas pesas para que la vagoneta ruede y arrastre al aparato.

MELANIA.— ¿Y eso para qué?

SEMPRO.— Para coger impulso. Con la velocidad, el aire que va chocando contra las alas levanta el aparato.

MELANIA.— ¡Qué callada está la gente!

SEMPRO.— ¿Qué esperarán?

MELANIA.— En el templete todos se han parado.

SEMPRO.— No hay viento, la bandera del templete no se mueve.

ESTER.— Yo no veo esto... *(Se retira de la puerta.)*

MELANIA.— Ya llegó el viento; ¡mira la bandera ahora!

SEMPRO.— ¡Ay! *(Grita a un tiempo que se oye un rumor sordo afuera.)*

ESTER.— ¿Qué fue?

MELANIA.— Que corre... Ahora sube...

ESTER.— ¿Subió? ¿Subió? *(Gran silencio.)*

SEMPRO.— No, no subió.

MELANIA.— Parecía que iba a subir, pero se paró de repente. *(Todo esto rápido. A tiempo que Ester va a la puerta, se oyen afuera gritos y silbidos.)*

Escaneado con CamScanner

SEMPRO.— Lo silban, lo silban (*Pausa.*)

ESTER.— Hija, quítate. No estés viendo eso. *(Se trae a Sempro consigo.)* Siéntate.

SEMPRO.— ¡Cómo lo silban!

ESTER.— Pero está salvo. Dale gracias a Dios.

MELANIA.— El Presidente se ha ido; ya no queda gente en el templete. *(La gritería de afuera continúa un momento, luego decrece.)*

ESTER.— Ahí tienes tú lo que has ganado. A ver si otra vez te dejas engatusar por Guillermo, porque ésta no será la última, seguirá con su tema hasta que en una de ésas se mate. Y como ahora esta tonta se pone más bien a embullarlo...

(Salen Samuel y Manuel. Ambos se sientan.)

MELANIA.— ¿Qué pasó?

Don SAMUEL.— Que el viento rompió las alas.

SEMPRO.— Las flores, mis flores...

MELANIA.— Tan bonito que hubiera sido verlo volando...

ESTER.— Nada, lo que dice el padre: "Dios que no le ha dado a uno alas es porque no le conviene tenerlas". *(Momento de pausa; todos parecen abrumados.)*

Don SAMUEL.— ¡Ay, amigo! ¡Cuando uno está de malas, ni que le sople el viento! ...

(Aparece Guillermo. Sin ver a ninguno, atraviesa la escena y entra por la puerta de la derecha; todos se quedan viéndolo en silencio. Luego que desaparece, Sempro, que está sentada a la izquierda, se para de repente, como asaltada de una idea improvisa, y echa a correr en pos de Guillermo; hay un instante de perplejidad en los demás, y cuando algunos se disponen a seguirla, cae el telón.)

Escaneado con CamScanner

ACTO TERCERO

La misma decoración. En el ángulo derecho del patio, bajo el emparrado, está el aparato de Guillermo, sostenido sobre sus patines, extendidas las alas. Es de noche, Sempro, en el corredor, contempla en silencio el aparato. Luego sale Melania por la izquierda, segundo término.

MELANIA.— Sempro, Sempro. Pero ¡mujer de Dios! ¿Hasta cuándo vas a estar mira que mira a ese coroto de tus tormentos?

SEMPRO.— No lo estoy viendo.

MELANIA.— Vente para la puerta con nosotras.

SEMPRO.— Me duele la cabeza y gritan mucho en la plaza.

MELANIA.— Qué testarudos son estos enamorados. Y eso te va a hacer daño; una no debe encapricharse así con una idea porque es capaz hasta de volverse loca.

SEMPRO.— ¿Qué hago?

MELANIA.— Distraerte, ponerte a ver las películas, que están muy graciosas; desde la puerta se ven muy bien.

SEMPRO.— Las veré otro día.

MELANIA.— Hoy es que debes verlas, precisamente, para que te distraigas.

SEMPRO.— No estoy de humor.

MELANIA.— ¡Caramba, chica! Ni que se te hubiera muerto el novio. ¿Por una silba de poco más a menos tantos suspiros?

SEMPRO.— ¿De poco más o menos? Ya viste lo que iba resultando de eso.

MELANIA.— Pero no resultó; llegaste a tiempo de evitarlo, y eso de preocuparse por lo que hubiera podido suceder es una pajuatada de marca mayor.

SEMPRO.— Será; pero ¿cómo hago para que se me borre la impresión que recibí? Por más que no quiera, siempre veo a Guillermo sacando el revólver del escritorio.

MELANIA.— ¡Ave María! Miren que ir a matarse por esa tontería.

SEMPRO.— Es que para él no es una tontería.

Escaneado con CamScanner

MELANIA.— Ni que dependiera de eso la felicidad.
SEMPRO.— Sí dependía.
MELANIA.— Pero bueno, ya lo que pasó, pasó, y ahora lo que deben hacer ustedes es divertirse. Yo voy a llamar a Guillermo.
SEMPRO.— No, no lo llames. Quizás se ha quedado dormido.
MELANIA.— Qué terca eres, chica. De seguro que Guillermo no se ocupará ya de lo sucedido, y tú con menos razón.
SEMPRO.— ¿Con menos razón? ¿Y si te digo que yo he sido la causante de todo?
MELANIA.— ¿Tú? ¿Por qué?
SEMPRO.— Las alas se rompieron por tener esos bordados.
MELANIA.— ¿No se empeñó él?
SEMPRO.— Por darme una prueba de cariño que de seguro le está pesando.
MELANIA.— Para un buen gusto, un buen susto. La verdad es que tú también pensabas darte un gustazo de ver tus flores volando por esos aires. ¡Mire que a los enamorados se les ocurren unas cosas! Pero si a él le está pesando no puede venir a echarte la culpa a ti; si yo estuviera en tu caso le diría: "Chico, a mí no me hagas cargos. ¿Quién te manda a meterme en tus cosas?" Y me quedaría tan fresca.
SEMPRO.— Pero el orgullo de una se resiente mucho con esto, Melania. Saber que el amor que nos tengan puede ser para los hombres el motivo de sus fracasos, y pensar que lleguen hasta arrepentirse de querernos, porque ellos no son como nosotras. Para nosotras en la vida no hay nada más grande que el amor, mientras que para ellos hay muchas cosas que valen tanto como el amor: su orgullo, hasta sus intereses a veces, y otras que valen mucho más: sus ideales.
MELANIA.— ¡Qué filosófica estás, mujer! No sabía que supieras todas esas cosas. ¿Te las ha enseñado Guillermo?
SEMPRO.— Las he aprendido conociéndolo.
MELANIA.— Pero yo creo que con Guillermo no va eso de que para los hombres el amor no es gran cosa, porque, para enamorado, Guillermo.
SEMPRO.— También es muy orgulloso y también tiene otras cosas que no le ven los demás.

Escaneado con CamScanner

MELANIA.— ¿Ideales?
SEMPRO.— No te burles.
MELANIA.— Es que me hace cosquillas la palabrita. La aprendí con Guillermo cuando éramos novios y todavía no he podido acostumbrarme a decirla sin reírme. Hay que encorotar la boca así: ideal. Las veces que peleó Guillermo conmigo por el *ideal*. Por él rompimos.
(Salen don Samuel y Ester.)
ESTER.— Muy divertidas están las vistas.
Don SAMUEL.— Y se ve muy claro. Sus realitos le habrá costado al "musiú" el proyectascopio ese.
ESTER.— ¿Se te quitó el dolor de cabeza?
SEMPRO.— No.
Don SAMUEL.— ¡Ay, amigo! ¡Qué día este!
ESTER.— Y gracias a Dios que no estamos como estuviéramos si ésta no llega tan ligero.
MELANIA.— Ya saben pues, que tienen que agradecérselo a Sempro.
Don SAMUEL.— Y él, ¿dónde está?
SEMPRO.— En su cuarto.
ESTER.— Tú tienes el revólver.
Don SAMUEL.— Aquí lo tengo en el bolsillo.
(Sale Mr. Gilbey.)
MR. GILBEY.— Permiso...
ESTER.— Bien puede.
MR. GILBEY.— Están contentos de las películas.
Don SAMUEL.— Mucho.
MELANIA.— Son divinas.
MR. GILBEY.— Es bueno el aparato. Ahora vamos poner unas películas estupendas, verán ustedes. *(Entra por la puerta tercera izquierda.)*
Don SAMUEL.— Y éste había dicho que iba a tomar una vista del vuelo del coroto ese, y por fortuna como que se arrepintió.
SEMPRO.— Guillermo le dijo que no lo hiciera.
ESTER.— Guillermo como que sabía que iba a salir mal.
MELANIA.— Y dicen que el Presidente se puso muy bravo.

Escaneado con CamScanner

Don SAMUEL.— ¿De veras?

MELANIA.— Así me contó ahora Modesta: que él había llevado para hacerle un regalo a Guillermo y que además tenía pensado llevárselo con él para mandarlo al extranjero.

Don SAMUEL.— Vea, pues, todo lo que se perdió. Y que no le habría caído mal a Guillermo el regalito ese.

ESTER.— Yo no sé cómo va a hacer ese niño para pagar lo que debe.

Don SAMUEL.— Tendrá que coger lo de la escuela.

ESTER.— A ver si ahora escarmienta.

(Sale Mr. Gilbey con películas.)

MR. GILBEY.— ¡Oh, verán ustedes! Esta es... "El Hacendado", dedicada a los padres de familia y a la juventud también. Lo más bello, interesante y... ¿cómo se dice?... Sentimental. De alta moralidad, muy buena está para corregir los apasionamientos humanos.

ESTER.— Es muy bueno que sea moral, sí, señor, las cosas indecentes no deben enseñarse como hacían aquellos que estuvieron aquí el año pasado.

MR. GILBEY.— ¡Oh!, no señora. No está mi negocio exhibir nada que choque con la cultura y la honorabilidad del público de este bonito pueblo. Esta otra, se la recomiendo a usted, señorita Sempro, muy chistosa, el mejor medicina para quitar la tristeza, se llama, se llama: "Padre Inflexible", lo ultracómico, lo más gracioso que hay en la cinematografía. Esta otra: "Romance de una pescadora", no se puede decir dramatical, tampoco cómica, esta película... *sui géneris*, mejor es, algo como incoloro, pero muy suave, muy sentimental. ¡Oh! ¡Arte puro! Y esta otra: ¡Oh! Nada digno de esta película. ¡La sorpresa prometida al señor Guillermo! ¡Oh! ¡Ya verán ustedes! *(Vase haciendo grandes aspavientos.)*

ESTER.— Qué simpático es este inglés.

Don SAMUEL.— Conversa más que un guaro.

MELANIA.— Bueno, vámonos a la puerta. Vente, Sempro.

SEMPRO.— Ahora voy.

(Vanse Melania y Ester. Don Samuel, por la derecha. Pausa corta. Sale Guillermo.)

Escaneado con CamScanner

GUILLERMO.— ¿Quién trajo eso para acá?

SEMPRO.— Tu papá mandó que lo pusieran ahí mientras tanto.

GUILLERMO.— Querrá utilizarlo como leña. Puede que sirva para eso... ¡Parece que fuera a volar! ¡Qué ridículo! ... El símbolo de Aldana. El me decía esta tarde que cuando yo estuviese lejos de aquí, esas alas extendidas me harían recordar la Patria. Estuvo feliz, en un momento dio con lo que yo no había logrado encontrar en tanto tiempo: ¡mí símbolo de la Patria! ... *(Sempro se acerca al aparato.)* ¿Qué vas a hacer?

SEMPRO.— Plegarle las alas. Lo puse así por un momento.

GUILLERMO.— Déjalo, así está muy bien. Con las alas plegadas pierde su ridícula forma de pájaro; aquello de que tan satisfechos estábamos los dos. ¡Qué chasco, Sempro, nos hemos llevado con nuestro pájaro-jardín!

SEMPRO.— Si hubiera sido pájaro solamente.

GUILLERMO.— ¿Crees que su defecto es ser también jardín?

SEMPRO.— Aquí está claro; la tela se rompió por los bordes del ramo de rosas.

GUILLERMO.— ¡Qué mala suerte la de tus flores! ¡Siempre rodando por esos caminos, a la cintura de jinetes o sobre el lomo de las bestias, inmundas de polvo y sudor, y a la hora de subir al aire limpio y azul, faltan las alas!

SEMPRO.— Las alas no faltaron, más bien sobraron las flores.

GUILLERMO.— Los bordados, es verdad, fue una puerilidad, un necio deseo de hacer símbolos.

SEMPRO.— ¿Ahora lo comprendes, Guillermo?

GUILLERMO.— No, lo sabía de antemano.

SEMPRO.— ¿Por qué no lo remediaste a tiempo?

GUILLERMO.— ¿Acaso era ese el único defecto del aparato ni la única puerilidad? Todo en él es un absurdo. No podía ser de otro modo: yo no soy sino un "dilettanti", sin nociones del asunto; un fabricador de versos de trapo y madera. Versos, nada más que versos, son esas alas. Nunca tomé la cuestión por lo que de científico y práctico tiene; para mí, la aviación no fue lo que debe ser: un problema

Escaneado con CamScanner

mecánico, sino un capricho de pura fantasía; lo mismo me hubiera dado ser jardinero que aviador. Por estética, llegó a convertirse en mí el vuelo en pasión dominante, pero la causa fue siempre el parecerme bello el vuelo, y nada más; no se me ocurrió nunca que, además de bello, era útil. Yo pensaba como poeta, como soñador de bellezas, al paso que un hombre de ciencia o de negocio, pensando en lo útil, hubiera ido más lejos que yo, y al ir a construir su aparato no se habría dedicado como yo, a darle únicamente una forma bella, sino que hubiera estudiado para hacerlo científicamente. Ya ves por qué no había para qué quitar los bordados. Tus flores estaban muy bien como un símbolo poético donde todo era versos.

SEMPRO.— Y sabiendo eso fuiste...

GUILLERMO.— Por no quedar mal. Contaba con reventarme contra el suelo... y quedé peor: en ridículo y convencido de algo muy doloroso.

SEMPRO.— Pero estudiando...

GUILLERMO.— Tal vez yo no sirva para estudiar.

SEMPRO.— ¿Qué piensas hacer, entonces?

GUILLERMO.— Qué sé yo. Es tan difícil saber lo que se hará al día siguiente de convencerse uno de que ha perdido la vida miserablemente.

SEMPRO.— ¿Perdida?

GUILLERMO.— Sí, porque cuando se han contraído ciertos deberes, la vida es cumplirlos, y yo tengo muchos deberes sin cumplir: unos para contigo, otros para conmigo mismo. Por esto mi fracaso, mi verdadero fracaso, no sucedió allí, en la plaza, sino aquí dentro *(por sí mismo)* cuando me convencí de que toda la vida me había estado engañando a mí mismo.

SEMPRO.— Ahora hablas así porque estás ofuscado; mañana comprenderás que no has perdido nada.

GUILLERMO.— ¿Te parece poco, haberme perdido el respeto? ¿Qué confianza puede tener quien ha llegado a dudar aunque sea un momento? En ti misma: ¡cuántos heroísmos está haciendo el amor para sostener una fe sin fundamento ya!

Escaneado con CamScanner

SEMPRO.— Yo no la he perdido; ahora eres para mí lo mismo que antes. Será porque a nosotras no nos preocupan tanto como a ustedes ciertas cosas, o porque la fe de nosotras es más ciega que la de ustedes.

GUILLERMO.— ¿Serás mi torre de marfil?

SEMPRO.— Seré lo que tú has querido que sea.

GUILLERMO.— Una vestal que se empeña en mantener el fuego ante el altar de un ídolo caído. ¡Vaya! Veo que para algo han servido mis versos.

SEMPRO.— Sin embargo, te avergüenzas de ellos.

GUILLERMO.— De los que tú aprovechaste no; de los que derroché inútilmente. Ahora se repetirá la vieja historia de los maridos que, después de despilfarrar su fortuna, viven de los ahorros que hicieron sus mujeres.

SEMPRO.— Quieres decir que no somos tan egoístas como piensan algunos.

GUILLERMO.— Al contrario. Y eso de algunos, ¿no se referirá a mí?

SEMPRO.— Quién quita... ¿No me dijiste, porque no te dejé hacer lo que ibas a hacer, que nosotras preferimos la vergüenza del ser querido, con tal de no perderlo?

GUILLERMO.— ¡Brutalidades! No hagas caso. No es la primera vez que soy injusto y brutal contigo.

SEMPRO.— Lo que me duele es que eso sea consecuencia de otra cosa.

GUILLERMO.— ¿De cuál cosa?

SEMPRO.— Que te hayas arrepentido de haber hecho algo que te salió caro: unirme a tu obra.

GUILLERMO.— ¡Bah! Ya te dije que tus flores no tuvieron culpa ninguna, y ahora te acabo de decir que de lo único de que no tengo que arrepentirme es de lo que he hecho por ti. Al fin y al cabo, tan "torre de marfil" es el mundo, como un rincón de él donde haya amor y paz. *(Sale don Elías, de levita y sombrero de copa, no muy flamantes y algo pasados de moda; el calzado amarillo, el bastón como de costumbre y en la barba la señal de los días de fiesta: un lacito de cinta azul.)*

Don ELIAS.— Guillermito, ¿cómo estás, chico?

Escaneado con CamScanner

GUILLERMO.— Muy bien, don Elías, muy bien.
Don ELIAS.—Y tú, Sempro, ¿qué tal?
SEMPRO.— Bien, ¿y usted?
GUILLERMO.— No hay que preguntar; de plácemes, seguramente, como que trae la divisa de los días de fiesta.
Don ELIAS.— Siempre con tus mamaderitas de gallo, chico.
GUILLERMO.— ¿Y qué le trae por aquí? Debe ser algo muy serio para que se atreva a verme la cara.
Don ELIAS.— No tan serio. Verás: es que he escrito unos versos, los que te dije, para recitarlos esta noche en el baile de las Quiñones, dedicados al Presidente. Una oda pindárica; voy a leértela.
GUILLERMO.— No, no; guárdesela.
Don ELIAS.— Para que me des tu parecer.
GUILLERMO.— Ya mi opinión la tengo formada hace tiempo.
Don ELIAS.— Esa desatención, chico.
GUILLERMO.— Lo que usted se merece, don Elías. No le he dicho que no sé cómo se atreve a verme después de lo que ha hecho. *(Sale don Samuel, por la derecha; Ester y Melania por la izquierda.)*
Don ELIAS.— ¿Aludes a... lo de la escuela?
GUILLERMO.— Exactamente. Un abuso de confianza de parte de usted. ¿Quién lo manda a meterse en mis asuntos y, mucho menos, a dar en mi nombre excusas que yo no le he mandado dar?
Don ELIAS.— ¿Tus asuntos? ¿La escuela asunto tuyo? ¡No, chico, despiértate! ¿Tú no sabes que desde antier el preceptor de la escuela soy yo?
GUILLERMO.— ¿Usted?
Don ELIAS.— Por nombramiento oficial que recibí la víspera de llegar el Presidente. Yo, por consideraciones de amistad, te excusé ante el Presidente, porque aunque todavía no había recibido el plantel, tenía derecho a representarlo, mucho más cuando tú te negabas a ir a darle la bienvenida al primer magistrado de la Nación, lo cual es un deber de cortesía.

Escaneado con CamScanner

GUILLERMO.— Bueno, bueno, guárdese sus amonestaciones, y dispénseme lo que le he dicho. No sabía que usted fuera el *preceptor*. De lo que me alegro mucho.

Don ELIAS.— No lo sabías porque tú no te ocupabas de nada más que de tu... aparato. Por eso te quitaron la escuela; los niños estaban perdiendo el tiempo.

GUILLERMO.— Que lo recuperen ahora con usted.

Don ELIAS.—Por otra parte: los padres estaban descontentos de ti, porque no les enseñabas a los muchachos cosas útiles para la vida; que lo que hacían era ejercicios y más ejercicios, y que tú con esa fulana *cultura*, como la llamas, lo que estabas era convirtiéndolos en...

GUILLERMO.— Dígalo. En patiquines, ¿verdad? Si así llaman ustedes a quien no es patán.

ESTER.— Guillermo...

GUILLERMO.— Déjame, mamá. Y mire que se le hace tarde para recitarle su oda al Presidente.

Don ELIAS.— Eso es echarme, ¿verdad? Está bien, y como yo sé que aquí quien manda eres tú, porque eres el niño bonito...

ESTER.— Elías...

Don ELIAS.— No te apures, Ester, que ya estoy saliendo... que pasen ustedes buena noche... que un mequetrefe... *(Vase airadísimo. Melania rompe a reír.)*

ESTER.— No te rías, Melania...

MELANIA.— Me río del lacito de la barba.

GUILLERMO.— Lo que te quiere decir mamá es que esto que ha pasado es muy serio, muy grave...

ESTER.— Sí lo es, hijo. No para nosotros que, gracias a Dios, hasta ahora no hemos necesitado de lo que tú ganabas en la escuela.

GUILLERMO.— Pero no deja de ser, porque desde ahora mis gastos tendrán que salir del trabajo de papá y del tuyo y del de Sempro...

Don SAMUEL.— No vayan a empezar otra vez.

ESTER.— Es que a este niño no se le puede hablar.

GUILLERMO.—No se me puede hablar de ciertas cosas y no se me debe hablar.

Escaneado con CamScanner

ESTER.— Está bien. Ya no puede una ni lamentarse de lo malo que te suceda.

GUILLERMO.— Sobre todo, cuando yo me alegro, como ahora de ésta que llamas tú desgracia. Esa escuela era uno de los lazos que me ataban al pueblo ahogándome; lo que hacía era perjudicarme, inutilizarme. Con el miserable sueldo que me pagaban tenía yo para vivir aquí cómodamente, dándome todos los gustos. El cigarro, el flux de casimir, las flores para la novia, la tela y la madera para las alas, todo salía del sueldo, y cuando me hubiera casado también habría salido de la estrechez y la incomodidad de la vida. ¿Qué más podía desear? Aquí no hay viejo ni mozo que gane treinta pesos mensuales con la tranquilidad con que yo los ganaba... Pero me alegro de haberlos perdido, para que la necesidad, privaciones, y hasta el hambre que voy a pasar de ahora en adelante, me sirvan de acicate para hacerme romper con esto y abandonar esta vida, y así salvaré lo que en ella estoy perdiendo. *(Antes de que termine se ha ido Don Samuel al taller.)*

ESTER.— Yo no sé qué será lo que pierdes aquí.

GUILLERMO.— Pero yo sí sé. Pierdo el tiempo y perdiéndolo, pierdo el porvenir, que es peor que perder la vida.

ESTER.— ¿Quiere decir que ahora procurarás irte?

GUILLERMO.— Sí, irme, adonde no se viva tan regaladamente como aquí, adonde no teniendo casa, me falte este refugio de incapacidad y pereza y tenga que luchar, para que la lucha me dé algún valor, siquiera el de saber cuánto valgo. Adonde haya lucha, verdadera lucha por el pan, por la vida, por el ideal, pero donde haya al mismo tiempo: estímulo y perspectiva de triunfo. No esta brega sorda e inútil de aquí que va devorándonos las energías en silencio y que nos trae el cansancio prematuro, el aniquilamiento absoluto cuando todavía debiera haber bríos, y nos hace renunciar a la hora en que otros empiezan.

ESTER.— Como si todavía fueran pocas, ahora vuelven a empezar las angustias.

GUILLERMO.— Pero éstas de ahora serán las verdaderas angustias, las que conmueven, las que exaltan, no las

Escaneado con CamScanner

que aplanan y aniquilan. Tú no puedes entender estas cosas, déjame a mí pensarlas y quererlas.

ESTER.— Sí, es lo mejor; dejarte. Vente, Melania; vamos a seguir viendo películas. (*Vanse.*)

(Guillermo se queda en silencio. Sempro lo mira con expresión de recóndita complacencia. Sale Mr. Gilbey.)

MR. GILBEY.— ¡Oh!, señor Guillermo, señorita Sempro. La sorpresa. Venir acá. Ya va a empezar la gran película... Mire, ya está... apúrense... *(Ambos se acercan a la puerta segunda izquierda.)* Concurso de aeroplanos. ¡Magnífico! ¡Dedicado a usted! Mire: aquél es el Presidente de Francia, el que saluda al centro, ¿ven ustedes? ¡Oh! ¡En Francia sí poder hacerse estas cosas! ... Grandes premios para los aviadores. ¡Muchos miles de francos! ¡Oh, caramba! Estímulo... ¿Usted comprende? Todos los días un premio. Al que vuele más arriba, al que vuele más lejos... Mire usted, mire usted... Bleriot... ¡Oh, valeroso! ¡Un gran aviador! ¡Atravesó el Canal de la Mancha! ¡Muy atrevido vuelo, muchos kilómetros! ¿Ve usted la hélice? Aquello que da vueltas delante. ¡Oh! ¡La hélice... Santa Hélice! Y el motor, santo también... ¿Ve usted el motor?

GUILLERMO.— Sí, ya veo.

MR. GILBEY.— Mire usted, señorita..., ahora sube..., corre primero..., ¡up!, ¡arriba! ¡Oh!

SEMPRO.— ¡Cómo vuela!

GUILLERMO.— ¡Cómo vuela! ... ¡Qué bello!

MR. GILBEY.— Ahora vienen otros más. ¡Un concurso! Allá sí aprendería usted. Usted tiene apasionamiento por el vuelo..., está un *sport* muy bueno... Muchos aviadores en Francia y en todas partes de Europa... Mire usted... ¡Latham! ¡Oh! ... ¿Qué habrá pasado al aparato... *God damned!* No saben manejarlo... ¡Voy presto! *(Vase rápidamente. Se oyen gritos afuera... Pausa. Guillermo y Sempro no se mueven.)*

GUILLERMO.— ¡Esto era! ... ¡Esto es lo que yo quiero! ... ¡Y allá se hace! ¡Allá es donde debo estar! ... Allá, allá estaré.

SEMPRO.— ¡Lo ves, Guillermo! ¡Ya vuelves a tener fe!

Escaneado con CamScanner

GUILLERMO.— Sí... me habían hecho perderla, ahora renace íntegra... ¡El motor! ... ¡Lo que hace falta es el motor! Se tiene alas, pero con alas sólo no se vuela..., es necesario el motor: el impulso. ¡De aquí no puede partir el impulso, pero en otros lugares existe y en ellos se puede volar, subir, subir muy alto! ... Ahora veo claramente por qué, a pesar de mis alas, no pude subir: no había un motor en el pueblo; y por qué, teniendo alas en el alma en vez de remontarme caí en el abatimiento, en la desconfianza de mí mismo y estuve a punto de renunciar: porque faltaba el motor del estímulo para mover la actividad: ¡la hélice del alma! ... El pueblo, la Patria debe ser el motor que remonte al éxito, a quienes abren sus alas en ella, y si no lo es, los que las tenemos, debemos plegar las alas para ir a abrirlas donde el vuelo del éxito sea realizable...

SEMPRO.— Tú lo harás, Guillermo.

GUILLERMO.— Sí, plegaré las mías; mis alas inútiles que no pudieron remontar tus flores; y las otras, las invisibles del alma, para ir a abrirlas donde haya más espacio: donde ser poeta no sea sinónimo de holgazán, donde la cultura no sea afeminamiento y se pueda usar una flor en el ojal. *(Tomándole a Sempro las manos.)* Y puede ser que a poco de haberme ido yo, venga una carta que te diga: "no bordes más rosas para los *percucios* de El Pegujal"

SEMPRO.— ¡Guillermo! ... *(Sale Melania.)*

MELANIA.— Guillermo, ¿no viste? Ay, dispénsenme. *(Sale Ester.)*

GUILLERMO.— Sí..., y vi algo que no vieron ustedes...

MELANIA.— Pero esos arioplanos no se parecen al tuyo.

GUILLERMO.— Qué van a parecerse. Esto es una cosa ridícula, absurda; pero no me abochorna la lección que me ha dado el cinematógrafo, al contrario. *(Sale Don Samuel.)* Papá, ya puedes tomar de ahí la madera que se necesite para hacerme una muleta... Ya tendré muletas, mamá, y como tú la querías: hecha con la madera del aparato. *(Don Samuel vase sin responder.)*

MELANIA.— ¿Lo vas a desbaratar?

Escaneado con CamScanner

GUILLERMO.— Sí, para hacerme una muleta. Ya que no me suspendió en el aire, que me sirva de apoyo para el camino.

ESTER.— ¿Para qué camino?

GUILLERMO.— Para alguno que haya necesidad de emprender.

(Sale Aldana, vestido como para bailar.)

ALDANA.— Buenas noches.

GUILLERMO.— Adelante, Lorenzo. ¿Vienes a darme el pésame?

ALDANA.— No es para tanto lo sucedido. ¿Y usted no va al baile, Melania? A usted no le pregunto, Sempro, porque ya sé que es usted fiel hasta el exceso...

ESTER.— También Melania es muy fiel y por eso no va.

ALDANA.— ¿No va? ¿Por qué?

MELANIA.— Porque Manuel no quiere ni yo tampoco. *(Se va.)*

ESTER.— Sempro, ven acá. *(Vase. Sempro la sigue.)*

ALDANA.— Chico, ¿podrás explicarme qué pasa aquí?

GUILLERMO.— Hombre, no hay necesidad; tú debes comprenderlo.

ALDANA.— Pues te juro que ni jota.

GUILLERMO.— Que dicen que el Presidente se ha puesto a requerir a Melania.

ALDANA.— ¡Caracoles! Y yo que venía a comprometerle a Melania la introducción para el General. ¡Buena la hubiera puesto! Habría creído tu mamá que yo le hacía el durazno al General.

GUILLERMO.— Mira, Lorenzo, no estás hablando con un niño.

ALDANA.— ¿Qué significa eso, chico?

GUILLERMO.— Tú no eres bruto.

ALDANA.— ¿De modo que tú crees que yo le sirvo de alcahuete al General?

GUILLERMO.— Sí lo creo.

ALDANA.— Pues me he llevado un chasco; creí que me tendrías en mejor concepto.

Escaneado con CamScanner

GUILLERMO.— No puedo tenerte, sabiendo cuál es tu oficio. Tolera la franqueza...

ALDANA.— ¿Mi oficio? Tan digno como el tuyo, por ejemplo: ganarme la vida.

GUILLERMO.— Como el mío no, porque yo, ni me gano la vida, ni me la ganaré nunca como tú te la ganas...

ALDANA.— Mira, Guillermo... tú no entiendes esto; tú sabrás mucho de versos y de voladores... que no vuelan, a ti te falta...

GUILLERMO.— A mí me sobra dignidad y orgullo, que es lo que te falta a ti.

ALDANA.— No te exaltes, chico; no hagamos de esto cuestión de honor. Yo tengo mi dignidad y mi orgullo lo mismo que tú; pero, además, tengo algo que tú no tienes: sentido práctico.

GUILLERMO.— Ni me hace falta.

ALDANA.— Porque tú eres un místico. Hay un escritor que dice que la presión de un medio hostil produce al místico. Eso es lo que te pasa a ti, que a fuerza de vivir soñando vida mejor que la que llevas, a fuerza de vivir vida interior, despreciando todo lo que no es como tú eres, se te ha hipertrofiado la conciencia y hoy tienes exceso de ella, tan perjudicial como la carencia absoluta. Perjudicial para la vida, que es lo único efectivo, y no los sueños de los exaltados como tú. Que si a uno se le ocurrió decir que la vida es sueño, a nadie se le ha ocurrido pensar que los sueños sean vida.

GUILLERMO.— Hay mentiras preferibles a muchas verdades.

ALDANA.— Bueno, vive tu mentira; pero no juzgues por tu criterio personal a los demás. ¿Qué sabes tú de la razón que puede tener el más miserable para serlo? Yo tengo mi razón individual que justifica mis actos: llegar a un punto. Lo que doy para lograrlo es siempre menor que lo que recibo, y en eso están mi orgullo y mi inteligencia. Ahora, por ejemplo: ¿qué doy? Cuatro frases ampulosas que le halagan la vanidad a un ser inferior a mí, y de las cuales puedo reírme cuando me plazca, ¿y qué recibo? Lo que tú

Escaneado con CamScanner

no lograrías con toda tu dignidad, y todas tus aptitudes superiores a las mías. Así he subido desde abajo, desde lo que era: un palurdo aguador de este pueblo... Por eso me satisface volver a él, porque establezco el paralelo entre el pasado y el presente y veo que he ganado y que ha sido a esfuerzos propios, luchando, no soñando... *(Se pasea un poco.)* ¿Que la vida me haya hecho algunas desgarraduras, que no tenga la piel del alma tan fina como tú?... Esto se lo debo a la lucha, pero también le debo tener músculos en la voluntad, ¡y váyase lo uno por lo otro! *(Nueva pausa. Guillermo parece absorto.)* Pero no he venido a predicarte, tú tienes tu razón para ser como eres... Pasado mañana me iré, y seguiré dando lo que me falte que dar para lograr lo que necesito, y tú te quedarás aquí, soñando entre los cuatro cerros áridos del pueblo que aborreces y que te anula...

GUILLERMO.— Te engañas, no me quedaré. Desde mañana, si me falta voluntad, me sobrará necesidad para irme, como que desde mañana no tendré qué comer: me han quitado la escuela.

ALDANA.— Yo lo supe. De nada valió mi influencia, yo esperaba que si salías bien esta tarde, te la volvieran a dar, pero el General quedó un poco predispuesto contra ti...

GUILLERMO.— Mejor. ¿No ves que no teniendo de qué vivir, tendré que irme del pueblo forzosamente?

ALDANA.— Es verdad. ¿Y qué has pensado hacer?

GUILLERMO.— Todavía no he pensado, lo que he hecho es resolverme a tirar una parada, cuésteme lo que me costare.

ALDANA.— ¿Me prometes ser razonable?

GUILLERMO.— ¿Se te ha ocurrido algo?

ALDANA.— Sí, pero ya sé lo que vas a contestarme.

GUILLERMO.— ¡Dí, hombre!

ALDANA.— Bueno, sin preámbulos. Escribe un discurso para que se lo dispares al General, antes de irse, mañana mismo.

GUILLERMO.— ¿Un discurso?

ALDANA.— Sí, esto de discursos ha dado muy buenos resultados por esos pueblos por donde ha pasado la onda creciente. Pon tu gota, y si te resuelves, ¡manos a la obra!

Escaneado con CamScanner

Lo haces esta noche, mañana se lo espetas, y pasado mañana está tu nombre en la página de honor del periódico de Caracas, engrosando la "onda" en medio de cuatro ditirambos que te harán merecedor de un puesto.

GUILLERMO.— Pero ¿crees que se ganará algo con eso?

ALDANA.— ¡Ya lo creo! Por supuesto que no pensarás que vas a llegar a la cumbre de un solo envión.

GUILLERMO.— Pero detrás de este envión, vienen muchos...

ALDANA.— Por algo se compara a los ideales con las cumbres...

GUILLERMO.— No profanes el nombre de ideales, dándoselo a esta indignidad.

ALDANA.— Ríete tú de las profanaciones y de las indignidades; los hombres de talento saben pasar por estos zarzales sin dejar la *blanca lana*.

GUILLERMO.— Ni la tienen, ni sería blanca si la tuvieran, los que tienen esa habilidad.

ALDANA.— Pues si la tienes tú, te la cortas y luego que hayas pasado te la dejas crecer hasta que te arrastre...

GUILLERMO.— Lorenzo, no puedo hacer lo que me propones.

ALDANA.— ¿Por qué? Vamos a ver. *(Sentándose.)*

GUILLERMO.— *(Parándose)* No me hagas decírtelo... Porque no puedo.

ALDANA.— Pues entonces tú no sirves para nada, chico. No eres un hombre libre; te atan tu orgullo y tu dignidad y no comprendes que el verdadero orgullo está en saber vencer a este otro, falso, que no es sino un compromiso social cuando no un escudo de la incapacidad. El verdadero orgullo es la satisfacción de sentirse superior, no a los demás, sino a uno mismo. Y luego –filosofías a un lado–, es necesario tener sentido práctico; saber vivir en nuestro país, nuestro medio no es tan hostil como tú piensas, pero es necesario saber manejarlo.

GUILLERMO.— Haré el discurso, Lorenzo.

ALDANA.— ¡Hombre, no faltaba más! ¡A pasar rabo, a pagar con la moneda corriente en el mercado y luego: a reírse!

Escaneado con CamScanner

GUILLERMO.— A reírse no, a aborrecer más. Y no me digas una palabra más; lo que voy a hacer es una indignidad sin justificación posible y, sabiéndolo, la hago, para aborrecer más porque todavía no me han hecho odiar lo suficiente; es necesario más, más odio. *(Aldana se ríe.)* Y vete, vete...

ALDANA.— Y tú, a empezar de una vez. Yo voy a prepararte el terreno... Ya me lo agradecerás. *(Vase. Sempro sale a tiempo que Guillermo se encamina hacia el aparato.)*

SEMPRO.— ¿Lo vas a hacer, Guillermo?

GUILLERMO.— Sí, pero antes voy a romper esto, a hacer trizas el sueño... *(Empieza a romperlo. Sempro lo mira, inmóvil, dolorosamente.)* Esto es lo que estorba..., el Sueño..., sacrifiquémoslo a la vida..., al triunfo... Sueños imposibles de altivez que están como éste, con las alas extendidas, inmóviles, en presencia de un espacio capaz de encerrar vuelos infinitos... Nunca remontarán porque les falta el impulso..., ¡el motor! Estas son las otras alas que hay que plegar y llevarlas escondidas, muy escondidas, para que nadie las vea y ni siquiera se sospeche que las tenemos. *(Termina de desbaratar; cuando va a andar repara en que el bastón que le servía de muleta está distante, y coge una vara de las alas, que tiene un jirón de tela adherida y, apoyándose en ella, se dirige a su cuarto.)* Que la fe, la conciencia de tenerlas, nos sirva de estímulo para llegar adonde hay que llegar, por largo y doloroso que sea el camino. *(Hablando todavía entra por la primera puerta de la derecha. Sempro se queda inmóvil, apoyadas las manos en el respaldo de una silla; luego sale Aldana.)*

ALDANA.— ¿Guillermo?

SEMPRO.— En su cuarto. *(Secamente.)*

ALDANA.— ¿Escribiendo?

SEMPRO.— Sí.

ALDANA.— ¡Vaya! Yo habría jurado que lo iba a encontrar sin resolverse todavía.

SEMPRO.— ¿Y usted quiere hablar con él?

ALDANA.— Sí, pero no es interesante; él sabe cómo se hacen esas cosas.

SEMPRO.— Es primera vez que se pone a hacerlas.

Escaneado con CamScanner

ALDANA.— ¿Sabe usted, entonces? Es duro, Sempro, verse obligado a hacerlo; pero ¿qué hacemos? Nosotros, los que combatimos por el Ideal, necesitamos lograrlo a todo trance y no se nos puede censurar si alguna vez nos valemos de malas artes, porque no es nuestra toda la culpa... "Crímenes fueron del tiempo", como dijo el poeta. Y lo que yo le digo a Guillermo: aquí lo que hará él será vegetar miserablemente, ignorado, oscuro siempre, por una parte, y siempre en la incuria por la otra. Mañana se casan ustedes y vienen las angustias, sin que asomen a la puerta las alegrías. Por esto es usted la más llamada a alentarlo, a disiparle sus preocupaciones, a hacerle ver que no valen la pena esos escrúpulos. *(Una cuartilla de papel, hecha un bolín de tan arrugada que está, cae cerca de ellos, lanzada por Guillermo desde su cuarto. Sempro se apresura a recogerla; la desdoble y lee.)*

ALDANA.— ¿Qué es eso?

SEMPRO.— ¡Mire! *(Entregándole la cuartilla que en un laberinto de rayas tiene tres renglones escritos. Se la da con un gesto de satisfacción, insultante.)*

ALDANA.— ¡El discurso! Y había empezado bien. ¿Por qué no seguiría?

SEMPRO.— Porque no pudo. Vea cómo rayó la cuartilla; con rabia, con asco. *(Aldana va a tirar el papel.)* No la bote; démela.

ALDANA.— ¿Qué va a hacer usted con esto? *(Dándosela.)*

SEMPRO.— Guardarla.

ALDANA.— ¡Ay, Sempro! Qué mal dotados están ustedes para vivir aquí.

Telón rápido.

Escaneado con CamScanner